

Las congregaciones francesas educadoras en el siglo XIX en el Uruguay

por Susana Monreal

Desde los inicios de la vida republicana, la presencia de educadores franceses y el desarrollo de propuestas denominadas *laicas*, provenientes de sectores liberales, y en algunos casos filomasónicos, de la sociedad francesa instalada en Uruguay, fueron numerosos y frecuentes. Estas iniciativas fueron complementadas por otras ofertas de origen francés, de un perfil religioso definido. Nos referimos a las propuestas de las congregaciones católicas francesas, que desarrollaron tareas educativas en el país y, en la mayoría de los casos, en la región.

La autora. Doctora en Ciencias Históricas (Universidad Católica de Lovaina). Directora del Instituto de Historia y secretaria general de la Universidad Católica del Uruguay. Miembro del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.

La llegada al Uruguay de las congregaciones religiosas francesas debe inscribirse en una política amplia de fomento de la vida religiosa y de atracción de congregaciones, especialmente europeas, que se desarrolló en toda la Iglesia de América Latina desde mediados del siglo XIX. En el caso de Uruguay, el nombramiento de Jacinto Vera como cuarto vicario apostólico, el 14 de diciembre de 1859, impulsó esta tendencia, al encontrarse Vera a la cabeza de una Iglesia cuya situación no era precisamente alentadora. Para 235 000 habitantes, de los cuales la cuarta parte eran inmigrantes, la Iglesia uruguaya contaba con 84 sacerdotes, 13 uruguayos y 71 extranjeros. Montevideo tenía 50 000 habitantes y había en la ciudad dos parroquias, la iglesia Matriz y la iglesia de San Francisco, y seis capillas, relacionadas con las congregaciones religiosas ya establecidas en el país. La creación de nuevas parroquias —10 parroquias y 10 viceparroquias entre 1860 y 1877—, la adecuada formación del clero y el impulso dado a la llegada de nuevos institutos

religiosos, de origen francés e italiano en su mayoría, fueron características salientes del gobierno eclesiástico de Jacinto Vera.¹

Ubicándose en este período de cambios en el que se sucedieron los arribos de diversas congregaciones, este estudio se centra en las de origen francés, y en las dedicadas a la función educativa. Algunas puntualizaciones previas son necesarias. En primer lugar, no se trata de un estudio exhaustivo, y el tema exige nuevas y más amplias investigaciones. En segundo lugar, el presente trabajo no profundiza en la presencia en Uruguay de las congregaciones francesas fundadas en el período que estudiamos pero que llegaron al país en el siglo XX. Es el caso de la Sociedad del Sagrado Corazón, fundada por Magdalena Sofía Barat, que llegó al Uruguay recién en 1908; de la congregación de los Hermanos Maristas, que fundó su primer colegio en Uruguay en 1934; de los Hermanos de la Instrucción Cristiana de Ploërmel, fundación francesa de origen bretón que data de 1819 y llegó al Río de la Plata en la década de 1930 y al Uruguay después de 1950; de los Hermanos del Sagrado Corazón y de las Hermanas de Jesús-María, obras promovidas en Lyon por el P. Andrés Coindre y por Claudina Thévenet, instaladas en Uruguay recién en 1927 y en 1952 respectivamente.

Habiendo acotado el tema, primeramente se realizará el estudio del origen y del perfil de las congregaciones que llegaron al Río de la Plata, en un segundo momento se analizará el proceso de su llegada al Uruguay y, finalmente, la significación de su presencia en el país.

Las congregaciones francesas que vinieron a Uruguay

La revolución política que se inició en Francia en 1789 tuvo duras consecuencias para la vida religiosa,² que salió muy debilitada de esa crisis. La identificación del catolicismo con la monarquía, la política secularizadora que se desarrolló desde 1790 —registro de estado civil, divorcio, secularización de la enseñanza y la asistencia pública—, los avances del racionalismo en los sectores sociales más influyentes y la profunda ignorancia religiosa del pueblo caracterizaron las últimas décadas del siglo XVIII. Sin embargo, a partir de 1802 la política napoleónica marcó otros rumbos, movida fundamentalmente

¹ Lorenzo A. Pons: *Biografía del Ilmo. y Revmo. Señor Don Jacinto Vera y Durán, primer Obispo de Montevideo*, Montevideo, 1904, pp. 181-191.

² Gérard Cholvy e Yves-Marie Hilaire: *Histoire religieuse de la France, 1800-1880*, y *Histoire religieuse de la France, 1880-1914*, Toulouse, 2000.

por la idea de que la religión era un buen freno para el pueblo, para las mujeres, para los jóvenes. Se manifestó también, y con motivaciones mucho menos interesadas, un movimiento intelectual que revalorizaba el sentimiento religioso y al cristianismo como religión liberadora y creadora de civilización. Un buen ejemplo es el de René de Chateaubriand, quien publicó en 1802 el *Genio del cristianismo o bellezas de la religión cristiana*. Por otra parte, en determinadas regiones francesas, si bien el modelo cultural anticlerical y secularizador había alcanzado a las elites urbanas, las reacciones populares fueron muy diferentes. Asimismo, los trabajos de investigación más recientes afirman que las diferencias regionales primaron sobre las diversidades socioeconómicas o socioprofesionales en el momento en que se definieron las actitudes anticlericales o de fidelidad a la Iglesia y también al Antiguo Régimen. La región de la Vendée, la Bretaña, las llanuras del Norte, el sudeste del Macizo Central, algunos distritos de los Alpes, de Provenza, del Languedoc y de los Pirineos hicieron frente con firmeza a la política de descristianización. Los pobladores de estas regiones se resistieron o no apoyaron la interrupción del culto público, la destrucción de los símbolos religiosos —cruces, calvarios—, la clausura de iglesias, la eliminación de las reliquias, los rigores contra el clero refractario y otras medidas. Esta reafirmación católica, que se produjo entre 1802 y 1815, se oficializó con la Restauración, que revitalizó la alianza del trono y el altar. Y si bien la revolución de julio de 1830 vino acompañada de un nuevo impulso anticlerical, hacia 1840 el clima volvió a distenderse. Aun cuando se asistía al nacimiento de la sociedad industrial, la cultura rural y sus tradiciones, también en relación con la vida cristiana, vivieron un período de fortalecimiento que se extendería hasta 1880. Con el estímulo de Roma, la acción pastoral se desarrolló según un nuevo espíritu, que dio un especial valor a la religiosidad popular. Fueron tiempos de fiestas patronales y de procesiones, de obras de juventud y de libros religiosos populares, de culto al Sagrado Corazón, de culto eucarístico y de piedad mariana, de construcción de iglesias y de impulso a las peregrinaciones colectivas.

La vida religiosa se desarrolló según nuevos perfiles en Francia. La reconstrucción del clero católico tras la revolución fue lenta hasta 1814, y muy rápida a partir de entonces. Esta renovación se tradujo en un rejuvenecimiento marcado del clero hacia mediados de siglo. Otra novedad fue la tendencia creciente de las vocaciones a orientarse hacia las congregaciones e institutos religiosos. Así, a la restauración de las órdenes antiguas, con una vitalidad que las tribulaciones parecían haber acrecentado —benedictinos, dominicos, carmelitas, cartujos, trapenses, jesuitas—, se agregó la fundación de nuevas congregaciones masculinas y femeninas, dedicadas en su mayoría a la educación y al trabajo social. En tal sentido, he aquí un dato significativo:

en Francia, el número de religiosas pasó de 12 343 en 1808 a 31 000 en 1831.³

Esta vitalidad de los institutos religiosos⁴ en Europa sólo es comparable a la vivida en los siglos XII y XIII, con una diferencia significativa. Mientras la eclosión de fundaciones medievales había provocado el desconcierto de Roma y en consecuencia la aplicación de medidas restrictivas en este campo, la multiplicación de fundaciones en el siglo XIX no despertó ninguna reticencia; por el contrario, el hecho fue considerado una prueba de la acción de la Providencia. Este florecimiento de la vida religiosa tuvo características peculiares. En primer lugar, fue especialmente fecundo en Francia y en Italia, países que reunieron más de la mitad de las fundaciones. Por otra parte, estas obras fueron particularmente dinámicas y pronto extendieron su acción misionera fuera de Europa. Especialmente las congregaciones francesas, enfrentadas a las tendencias secularizadoras en diferentes momentos de su desarrollo, optaron por implantarse en otras regiones antes que morir en Francia.

Las congregaciones francesas que llegaron al Uruguay en el siglo XIX pertenecen, con tres excepciones, a este ciclo de florecimiento de la vida religiosa del que hablamos. Las excepciones corresponden a la Orden de la Visitación de Nuestra Señora, cuyas religiosas son también llamadas Hermanas Visitandinas o Salesas, fundada en el siglo XVII por Francisco de Sales y Juana Francisca Frémiot de Chantal; los Padres Lazaristas y las Hijas de la Caridad o Hermanas Vicentinas, obras del mismo siglo realizadas por Vicente de Paul y Luisa de Marillac, y las Hermanas de San José de Le Puy, instituidas también en el siglo XVII, por el padre jesuita Juan Pedro Médaille.

La *Orden de la Visitación de Nuestra Señora* nació en 1610, en Annecy, creada por Francisco de Sales⁵ y por Juana Francisca Frémiot, baronesa de Chantal.⁶ Las Visitandinas de Saboya fueron instituidas para consagrarse a la

³ Ibídem, 1800-1880, p. 40.

⁴ Raymond Hostie: *Vida y muerte de las órdenes religiosas. Estudio pisco-sociológico*. Bilbao, 1973.

⁵ San Francisco de Sales (1567-1622). De origen saboyano, se educó en el colegio de los Padres Jesuitas de Clermont, en París, y se doctoró en Derecho en la Universidad de Padua. Optó por la vida religiosa y fue ordenado sacerdote en 1593, en Annecy, Saboya. Participó activamente en la lucha contra el calvinismo en la región y fue consagrado obispo de Ginebra en 1602. En 1610, con santa Juana Francisca de Chantal, fundó la Orden de la Visitación, orientada en su origen a las tareas apostólicas. Escribió *Introducción a una vida devota* (1609), obra en la que afirmaba que la perfección espiritual era también posible para quienes vivían «en el mundo». En 1877 fue nombrado doctor de la Iglesia y en 1923, santo patrón de los escritores por el papa Pío XI. *Enciclopedia Britannica* (EB), 1995, t. 4, p. 928; *Dizionario degli Istituti di Perfezione* (DIP), Roma, t. 4, 1977, col. 530-533.

⁶ Santa Juana Francisca Frémiot, baronesa de Chantal (1572-1641). Casada en 1592 con el barón de Chantal, al enviudar en 1601 quedó encargada de la educación de sus cuatro hijos. En 1604, en Dijon, escuchó la prédica de Adviento de san Francisco de Sales y lo

oración y a las actividades apostólicas, en particular a la visita y el cuidado de los enfermos y los pobres. Sin embargo, desde 1618 Francisco de Sales debió aceptar la vida de clausura para su orden. Sólo quedó el nombre de Visitandinas como testimonio de la idea original de la fundación: imitando a la Virgen María, las religiosas se dedicarían a visitar pobres y enfermos. Si bien el apostolado educativo no fue el carisma fundacional de las salesas, la vida de claustro indujo a las monjas, desde 1640, a la instalación de pensionados. Las disposiciones papales de 1907, relativas a la exclusiva dedicación a la vida contemplativa, apartaron a las hermanas de las tareas de educación. Por otra parte, un importante elemento unificador de la orden fue la difusión de la devoción al Sagrado Corazón, promovida por san Francisco de Sales y por las revelaciones recibidas por santa Margarita-María Alacoque, religiosa de la Orden de la Visitación.

La *Congregación de la Misión*, fundada por Vicente de Paul,⁷ fue aprobada por el arzobispo de París en 1626 y por el papa en 1633, y tenía como objeto «seguir a Cristo anunciando el Evangelio a los pobres». La nueva sociedad —Congregación de la Misión, Padres Lazaristas, Vicentinos o Paúles— instalada desde 1632 en la antigua leprosería de San Lázaro de París, de la que tomarían el nombre más usado en el Río de la Plata, se encargó de funciones de predicación en misiones populares o retiros y de tareas de formación espiritual del clero en parroquias y seminarios. Pronto se trasladaron a Italia, a otras regiones de Europa y a Asia. Si bien las casas de Francia fueron suprimidas durante la Revolución, volvieron a ser reconocidas en 1816 y a partir de entonces se reanudó la expansión, que alcanzaría en esta etapa la América del Sur. En cuanto a la fundación femenina, con el impulso de Vicente de Paul y de Luisa de Marillac⁸ nació en 1633 la *Compañía de las*

eligió como director espiritual. En 1610, luego del matrimonio de su hija mayor, se trasladó a Annecy y fundó, con san Francisco, la Orden de la Visitación. Murió en el convento de Moulins, camino a París, ciudad a la que había sido invitada por la reina Ana de Austria, esposa de Luis XIII. A su muerte, la orden de la Visitación tenía 86 casas. EB, 1995, t. 3, p. 89; DIP, t. 4, 1977, col. 1200-1209.

⁷ San Vicente de Paul (1581-1660). Se educó con los Padres Franciscanos en Dax, fue ordenado sacerdote en 1600 y se graduó en la Universidad de Toulouse en 1604. Luego de pasar un año en Roma, se instaló en París y allí se quedó para siempre. Bajo la dirección espiritual del cardenal Pedro de Bérulle, se encargó de la parroquia parisina de Clichy. En 1625 fundó la Congregación de la Misión y, más tarde, las Confraternidades de la Caridad, asociaciones de laicas consagradas al cuidado de los pobres y de los enfermos. Con la valiosa colaboración de santa Luisa de Marillac, fundó la Compañía de las Hijas de la Caridad en 1633. EB, 1995, t. 12, p. 378; DIP, t. 2, 1975, col. 1543-1551.

⁸ Santa Luisa de Marillac (1591-1660). Pertenece a una rica familia y recibió una esmerada educación. En 1613 se casó con Antonio Le Gras, secretario de la reina María de Médicis, y tuvo un hijo. Viuda desde 1625, y bajo la dirección espiritual de san Vicente, se consagró a trabajos de servicio a los pobres y enfermos. Se encargó de formar a jóvenes para la vida

Hijas de la Caridad, dedicada al servicio de los pobres. Esta fue ciertamente una obra pionera que permitió a las mujeres la consagración a la vida religiosa y el trabajo social fuera del claustro.

La otra fundación originaria del siglo XVII fue la congregación de las *Hermanas de San José de Le Puy*, fundada en 1650 por el P. Juan Pedro Médaille SJ.⁹ Este padre jesuita desarrolló una vasta labor misionera en el centro de Francia, en la región del Macizo Central. La miseria y la ignorancia de la población campesina le inspiraron la fundación de una sociedad de religiosas, al estilo de las Hijas de San Vicente, para dedicarse a la enseñanza de los niños y a la atención de pobres, ancianos y enfermos. En la concreción de la obra fue decisivo el apoyo de Mons. Enrique de Maupas, obispo y señor de Le Puy, discípulo de Francisco de Sales y amigo de Vicente de Paul, quien confió a las seis primeras religiosas la atención del hospital de Montferrand. A la espiritualidad ignaciana, el P. Médaille sumó la contemplación de la Eucaristía y la experiencia del Amor trinitario como columnas vertebrales de su obra. Las Hermanas de San José fueron prácticamente eliminadas como consecuencia de las persecuciones revolucionarias. De 1808 data la restauración de la obra, que tuvo como centro la ciudad de Lyon.¹⁰

Desde comienzos del siglo XIX, a las congregaciones femeninas antiguas, de las cuales la más importante era, por lejos, la de las Hermanas Vicentinas —eran 1 700 en 1808, y 8 320 en 1851—,¹¹ se sumó una legión de nuevas fundaciones. Se dedicaron a las más variadas tareas: misiones, atención de niños y ancianos, cuidado de enfermos, educación de las niñas... En la mayoría de los casos se trataba de obras con ambiciones modestas, que atraían vocaciones de jóvenes campesinas, a las que daban una formación bastante rápida y enviaban a los pueblos a iniciar su trabajo en la enseñanza o la asistencia social, sin olvidar naturalmente las funciones propiamente religiosas. En cada pueblo, las hermanas presidían las oraciones del mes de

espiritual y para las tareas asistenciales. En 1633 fue la primera superiora de las Hijas de la Caridad. EB, 1995, t. 7, p. 847; DIP, t. 5, 1978, col. 764-768.

⁹ Juan Pedro Médaille SJ (1610-1669). Nacido en Carcasona, ingresó en la Compañía de Jesús luego de realizar brillantes estudios en su ciudad natal. Cumplió funciones sacerdotales en Carcasona, Toulouse, Aurillac y Saint-Flour. Sus superiores apreciaban su capacidad intelectual pero deploraban la fragilidad de su salud. A pesar de ello consagró dos años de su vida a las misiones populares. En 1650 organizó en Le Puy la congregación de las Hijas de San José, lo que le ocasionó algunos problemas con el rector del colegio jesuita de la ciudad. Desde 1654 se dedicó a las misiones rurales desde la residencia de Montferrand. Murió en Billom adonde había sido enviado a descansar. Charles E. O'Neill SJ y Joaquín M. Domínguez SJ (dirs.): *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-temático*, Madrid, 2001, t. III, p. 2599; DIP, t. 5, 1978, col. 1123-1124.

¹⁰ *Religiosas de San José, 350 años al servicio de la vida*, Santa Fe, 2000.

¹¹ Cholvy e Hilaire: *Histoire religieuse..., 1800-1880*, o. cit., p. 40.

María, velaban a los muertos, se encargaban del cuidado de las iglesias y del adorno de los altares.

En referencia a las congregaciones que llegaron al Uruguay, a este grupo de fundaciones pertenecen la Sociedad del Sagrado Corazón, las restauradas Hermanas de San José, las Hermanas del Buen Pastor, las Hermanas de Jesús-María, las Hijas de San José —llamadas más tarde de Mongay—, y las Hermanas Dominicas de Santa Catalina de Siena de Albi.

En 1800, Magdalena Sofía Barat¹² fundó la *Sociedad del Sagrado Corazón* y concretó una idea audaz e innovadora. Esta mujer, excepcionalmente formada intelectual y espiritualmente para la época, siguiendo el modelo de la obra de la Compañía de Jesús en la educación de varones, se propuso crear una congregación consagrada a la educación de las niñas, más precisamente de niñas de familias ricas, educadas hasta entonces en forma aislada por preceptoras o gobernantas. La nueva congregación, de reclutamiento más selectivo por el objetivo preciso que perseguía, se propuso dar formación religiosa e instrucción intelectual sólida a las mujeres, pues a través de la educación de la mujer serían restaurados los valores cristianos en la sociedad francesa. Al primer colegio del Sacré-Coeur, fundado en 1801 en Amiens, siguieron colegios de igual nombre en Italia, España, América del Norte y América del Sur.

Ya se ha aludido a la restauración de la *Congregación de San José de Lyon*, en 1808, concretada a partir de la primera «toma de hábitos» que tuvo lugar en Saint Étienne-en-Forez. Bajo la dirección de la madre San Juan Fontbonne,¹³ considerada la restauradora del instituto, se multiplicaron las

¹² Santa Magdalena Sofía Barat (1779-1865) Hija de una familia de artesanos, fue cuidadosamente educada por su hermano Luis. Con él, ya ordenado sacerdote, se dirigió a París, donde el P. José Varin la orientó hacia la fundación de una congregación educadora dedicada al Sagrado Corazón. Magdalena Sofía se consagró en 1800, y en 1801 abrió el primer convento en Amiens. En 1806 fue nombrada superiora general vitalicia de la Sociedad del Sagrado Corazón, que obtuvo la aprobación eclesiástica en 1826. Durante su vida, la obra se expandió en Europa, el norte de África, América del Norte y América del Sur, y los conventos se organizaron según reglas muy similares. EB, 1995, t. 1, p. 884; DIP, t. 5, 1978, col. 799 - 801 y t. 8, 1988, col. 1683-1688.

¹³ M. San Juan Fontbonne (+ 1842). Religiosa josefina, era superiora de la comunidad de la ciudad de Monistrol cuando estalló la furia revolucionaria. Se resistió, con sus hermanas, a seguir los oficios del párroco juramentado de la ciudad, lo que motivó el ataque al convento. La M. San Juan envió a las religiosas a sus familias y regresó, con su hermana María, a Bas-en-Basset. Ambas fueron hechas prisioneras y condenadas a la guillotina, pero la caída de Robespierre evitó su ajusticiamiento. A partir de 1802, firmado el concordato entre Napoleón y Pío VII, se restauró la vida religiosa en Francia. El vicario general del arzobispo de Lyon, el abate Cholleton, por consejo del cardenal Fesch, apeló a la madre San Juan para restaurar la congregación de las Hermanas de San José, de la que llegó a ser superiora general. Entre 1817 y 1825, la M. Fontbonne fundó cerca de cien casas, y el instituto

comunidades en torno a Lyon y en la región de Saboya. Lo que dio un carácter propio a esta congregación fue el hecho de que las nuevas casas ganaron autonomía y se desprendieron de su casa madre. En tal sentido, las comunidades de Saboya, Aix-les-Bains y Chambéry (1812), fundadas desde Lyon, se desarrollaron en forma autónoma. Desde Chambéry fue fundada, en 1822, la comunidad de Saint Jean de Maurienne, punto de partida de la obra misionera en Argentina y Uruguay.¹⁴

En 1816, el P. Andrés Coindre propuso a Claudina Thévenet¹⁵ la creación de la Providencia del Sagrado Corazón, para recibir a jóvenes huérfanas, abandonadas o de familias pobres. En 1818 volvió a apoyarla en la organización de la primera comunidad religiosa, que se transformó en la congregación de las *Damas de los Sagrados Corazones de Jesús y María*, entre 1823 y 1824.¹⁶ Instalada en la colina de Fourvière, la obra se colocó bajo la protección de la Virgen y se consagró a la educación de las niñas para prepararlas para una vida cristiana y de trabajo. «Hacer conocer y amar a Jesús y a María» fue el ideal de la fundación. Desde 1842 se inició la expansión misionera en diversos continentes, puesto que las primeras fundaciones fueron realizadas en España, Canadá, Inglaterra y Pakistán.

En 1835 tuvo lugar la fundación de las *Hermanas del Buen Pastor de Angers*, que nació como una rama de la Orden de Nuestra Señora de la Caridad, obra de san Juan Eudes proveniente del siglo XVII.¹⁷ Dicho instituto, que centraba su actividad en la organización de «refugios» consagrados al cuidado y a la rehabilitación de jóvenes «abandonadas y desgraciadas», había sufrido duras persecuciones durante la Revolución. El refugio de Tours se

alcanzó un desarrollo considerable. DIP, t. 8, 1988, col. 1529-532; *Religiosas de San José...*, o. cit., pp. 48-49.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 50-53.

¹⁵ Santa Claudina Thévenet (1775-1837). Nació en Lyon, en el seno de una rica familia comerciantes de seda. A los 19 años presencié el ajusticiamiento de sus dos hermanos en el marco de la Revolución, y recibió de ellos el llamado al perdón. Decidió consagrarse a comunicar la misericordia y el perdón de Dios en una sociedad destrozada y a educar a las jóvenes, sobre todo a las más pobres. A la dedicación a las obras sociales parroquiales siguió la fundación, en 1816, de la Asociación del Sagrado Corazón para señoritas. De esta nació el nuevo instituto religioso en 1818. Bajo el nombre religioso de sor San Ignacio, instaló su obra en la colina de Fourvière, con el apoyo de la piadosa familia Jaricot. Murió el 3 de febrero de 1837. DIP, t. 4, 1977, col. 1139-1140; t. 9, 1997, col. 1141-1143.

¹⁶ Desde 1841 fueron llamadas Hermanas de Jesús-María. El P. José Rey fue su capellán desde 1829 hasta 1834. Pierre Zind: *Les nouvelles congrégations de frères enseignants en France, de 1800 à 1830*, Saint-Genis-Laval, 1969, p. 215; Éric Baratay: *Le père Joseph Rey, serviteur de l'enfance défavorisée. Une expérience d'insertion au XIXe. siècle*, París, 1996, pp. 12-13, y pp. 17-19.

¹⁷ Juan Isern SJ: *El Buen Pastor en las naciones del Sud de América*, Buenos Aires, 1923, pp. XIV-XVII.

encontraba en proceso de reconstrucción cuando María de Santa Eufrasia Pelletier¹⁸ ingresó a la orden, en 1814. Hacia 1829 ya era superiora de la comunidad y había fundado la Casa de las Magdalenas para «arrepentidas muy probadas». A pedido del obispo de la ciudad, se trasladó a Angers y fundó allí, en junio de 1829, el refugio del Buen Pastor. Esta fundación se transformaría en la casa madre de una nueva congregación religiosa. En 1835 el papa Gregorio XVI aprobó la unificación de los nuevos conventos regidos desde entonces por las Hermanas de Nuestra Señora del Buen Pastor.¹⁹ En treinta años, se fundaron más de cien nuevas comunidades en Europa, América del Norte, América del Sur, Australia, Asia y el Norte de África.

En 1845 se fundó la congregación de las *Hermanitas de San José*,²⁰ diez años más tarde que la Sociedad de los Hermanos de San José, obras las dos del P. José Rey,²¹ en Oullins, seis kilómetros al sur de Lyon. Se trataba de una fundación complementaria de la congregación masculina, que se analizará más adelante. Orientadas a tareas de servicio, las hermanas debían encargarse de los trabajos domésticos y de la educación de los niños más pequeños que la Sociedad de San José tomara a su cargo. De hábito y toca negra, las Hermanas de San José debían ser modelo de pobreza. Algunas de las primeras postulantes llegaron hasta el P. Rey por consejo de Juan María Vianney, el cura de Ars.

En 1852, nació la congregación de las *Hermanas Dominicanas de Santa Catalina de Siena de Albi*,²² fundada por Catalina Fabre, madre Gérine²³ en la

¹⁸ María de Santa Eufrasia Pelletier (1796-1868). Rosa Eugenia Pelletier nació en el norte de Francia, en la isla de Noirmoutier, en la que sus padres se habían refugiado ante las persecuciones religiosas. Cuando tenía 14 años, la familia regresó al continente. Rosa Eugenia se educó en Tours y a los 18 años entró a la vida religiosa en la orden de Nuestra Señora de la Caridad, obra del beato Juan Eudes. En 1817 pronunció sus votos en el refugio de Tours, donde inició su propia obra. *Ibidem*, pp. XIV-XVII.

¹⁹ En 1865, la asamblea general de los Padres Euditas reconoció a la Congregación del Buen Pastor de Angers como una rama del instituto del padre Eudes. *Ibidem*, p. XVII.

²⁰ Baratay: o. cit., p. 42.

²¹ Véase la nota 35.

²² *Las dominicas de la Congregación de Santa Catalina de Siena*, Montevideo, 1991. La obra de G. Bonhomme, *Les dominicaines de Sainte-Catherine de Sienna d'Albi. Récit historique de la fondation et du développement de la Congrégation en France, en Italie et en Amérique*, fue publicada en 1913 en Albi. Parte de la obra fue traducida por Paulina Douzet García (Hna. Clarita) y publicada en 1991.

²³ Catalina Fabre (1811-1887). Francisca Catalina Fabre nació en Saint-Geniez d'Olt (Aveyron), en el seno de una modesta familia. Fue la segunda de siete hijos y pasó su infancia en Saint-Martial. Después de su primera comunión fue colocada en el pensionado de las religiosas de la Presentación de María, en Chaudesaigues. A los 19 años ingresó a la hermandad de las Terciarias Dominicanas, tomó el nombre de Margarita Gérine y se consagró a la atención material y espiritual de los enfermos. En 1852, en Albi, nacieron las Hermanas Dominicanas de Albi, se pusieron bajo el patronato de santa Catalina de Siena y adoptaron el

vida religiosa. Terciaria dominica desde los 19 años, la madre Gérine reunió a otras jóvenes para dedicarse a la visita y a la evangelización de los pobres y de los enfermos. Con el estímulo del P. Enrique Domingo Lacordaire, quien había hecho sus votos como dominico en Italia y se proponía el restablecimiento de la Orden de Predicadores en Francia, la pequeña comunidad se instaló en Toulouse y se consolidó en Albi. A estas siguieron numerosas fundaciones en el sur de Francia; al cuidado de enfermos se sumaron las tareas de enseñanza, y pronto surgirían las fundaciones en Italia y en América del Sur.

En cuanto a las fundaciones masculinas, debe distinguirse la congregación clerical de los Padres del Sagrado Corazón de Betharram, iniciada en 1835, de las congregaciones laicales: los Hermanos Maristas y los Hermanos de la Instrucción Cristiana de Ploërmel, de 1817; los Hermanos de los Sagrados Corazones o Corazonistas, de 1821; la Sociedad de San José y los Hermanos de la Sagrada Familia de Belley, ambas de 1835.

En octubre de 1835, con el apoyo del obispo de Bayona, inició su obra el P. Miguel Garicoits,²⁴ ordenado doce años antes, quien había desempeñado funciones de administrador en el seminario mayor de la diócesis establecido en Betharram, junto a un frecuentado santuario dedicado a la Virgen. Se trataba de un instituto religioso de sacerdotes que se consagrarían a las misiones y a la enseñanza, acentuando las virtudes de la modestia y el desprendimiento. La fundación tomó el nombre de *Instituto de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Bétharram*.²⁵ Los colegios de la congregación se multiplicaron en la región del País Vasco y del Béarn, y apenas iniciada la segunda mitad del siglo XIX, los Padres Bayoneses llegaron al Río de la Plata.

hábito blanco de santo Domingo. Consagradas a la atención de los enfermos y a la enseñanza, desde 1860, las hermanas se instalaron en Narbona, Lavaur (Tarn), Perpiñán, Gaillac, Castres y Pau, Bayona y Biarritz. La obra se extendió a toda la región de los Pirineos, llegó a Italia en 1862 y a Uruguay en 1874. La madre Gérine murió en Carcasona el último día de 1887. *Ibíd*em; DIP, t. 3, 1976, col. 1376.

²⁴ San Miguel Garicoits (1797-1863). Nació en la aldea de Ibarre, junto a los Pirineos, en la diócesis de Bayona, de padres campesinos con fuerte piedad cristiana. Se formó en el seminario de Dax y fue ordenado sacerdote el 20 de diciembre de 1823. Luego de cumplir funciones en la parroquia del pueblo de Cambó, fue designado profesor de filosofía, y director del seminario mayor de la diócesis de Bayona, establecido en Betharram. El seminario se trasladó algunos años más tarde a Bayona, pero el P. Garicoits permaneció como capellán del santuario. En esa etapa concretó la fundación del Instituto de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús de Betharram, cuyos misioneros se expandieron por los pueblos de Gascoña, Vasconia y el Béarn. La orden ya consolidada inició la fundación de colegios en la diócesis de Bayona, y en 1856 envió su primera misión a la Argentina. El P. Garicoits murió el 14 de mayo de 1863, el día de la fiesta de la Ascensión. DIP, t. 5, 1978, col. 1277-1279; Amédée Brunot SCJ: Miguel *Garicoits, 1797-1863. El santo del «Heme aquí»*, Bayonne, s/f.

²⁵ *Ibíd*em.

En cuanto a las congregaciones laicales, las que primero se fundaron en Francia fueron las que más tarde llegaron al Río de la Plata. En primer lugar se ubican los *Hermanos Maristas*.²⁶ Ordenado sacerdote en 1816, Marcelino Champagnat²⁷ había adherido a la idea de crear una Sociedad de Religiosos Maristas junto con dos compañeros del seminario, Juan Claudio Colin y Juan Claudio Courveille. El aporte de Marcelino fue orientar el trabajo de los hermanos a la educación cristiana y a la alfabetización de los niños de las zonas rurales. Decidió poner su idea en práctica cuando, como vicario parroquial de un pequeño pueblo del Macizo Central, experimentó el abandono espiritual en que vivían los jóvenes campesinos. El 2 de enero de 1817 nació la congregación de los Hermanos Maristas; las escuelas se multiplicaron y los métodos pedagógicos se renovaron. Veinte años más tarde se iniciaron las misiones en Oceanía y, en las décadas siguientes, las obras se extendieron en Europa, África, Asia y América.

Otra congregación de llegada tardía al Río de la Plata fue la de los *Hermanos de la Instrucción Cristiana de Ploërmel*, fundada en 1817, en la región de Bretaña, por Juan María Roberto de La Mennais²⁸ y Gabriel Deshayes.²⁹

²⁶ DIP, t. 4, 1977, col. 653-665; Hno. José Diez Villacorta: *Reseña biográfica de Marcelino Champagnat*, en <http://www.maristas.com.ar/m_vida/rese.htm> (10.8.2005).

²⁷ San Marcelino Champagnat (1789-1840). Nació en la aldea de Le Rosey, hoy Rozet, en el municipio de Marllhes (Loire), en una familia de la pequeña burguesía. Fue el benjamín de seis hermanos y no aprendió a leer hasta los 14 años. En 1805, a pesar de su poca inclinación por los estudios, ingresó al seminario menor de Verrières. Pasó más tarde al seminario mayor de Lyon, junto con Juan Claudio Colin y Juan María Vianney, y fue ordenado sacerdote en 1816. Como vicario parroquial del pueblo de La Valla-en-Gier, realizó una fecunda labor. En 1817 nació la congregación de los Hermanos Maristas, consagrada a María, en quien había depositado su confianza en el santuario de Fourvière. A las primeras escuelas, en su pueblo natal y en su parroquia, siguieron una larga lista de fundaciones y un trabajo innovador en la metodología educativa. También participó en la fundación de los Padres Maristas, en la diócesis de Lyon. A su muerte, en 1840, Champagnat dejó 48 escuelas, 280 hermanos y misiones en Oceanía. *Ibidem*; DIP, t. 2, 1975, col. 861-864.

²⁸ Juan María Roberto de La Mennais (1780-1860). Nació en Saint-Malo, tercer hijo de una rica familia bretona. Fue ordenado sacerdote en 1804 y publicó, en colaboración con su hermano, el filósofo Félicité, *Reflexiones sobre el estado de la Iglesia en Francia en el siglo XVIII y sobre su situación actual*. En 1819 los padres La Mennais y Deshayes firmaron un acuerdo en Saint-Brieuc para unificar sus esfuerzos en la promoción de obras educativas. Fundaron los Hermanos de la Instrucción Cristiana, cuya originalidad consistió en ubicar un hermano por parroquia, bajo la responsabilidad del cura párroco. A partir de 1824 se unificó el noviciado en Ploërmel, bajo la dirección de La Mennais, quien se instaló en Bretaña de manera definitiva. Había rechazado diecisiete veces el rango episcopal. DIP, t. 5, 1978, col. 432 - 435; Zind: o. cit., pp. 96-108, y 267-279.

²⁹ Gabriel Deshayes (1767-1841). Nació en Beignon, en la comuna de Morbihan. En 1892 fue ordenado sacerdote en el exilio, a causa de la Revolución. Regresó a Francia, donde desarrolló una arriesgada labor apostólica desde la parroquia de Verger. En 1805 fue designado párroco en Auray, donde realizó una amplia labor religiosa y social. Desarrolló

Los religiosos, consagrados «al corazón de Dios», centraban su vida de piedad en el «retiro anual», que sustentaba todas las actividades apostólicas. La obra echó profundas raíces en su región de origen, se instaló en el sur de Francia, de allí pasó a España a comienzos del siglo XX, y fueron hermanos españoles los que trajeron la obra a América el Sur, a Tucumán (Argentina) en 1933, y a Uruguay en 1952, con la fundación del Colegio La Mennais.

Finalmente, en 1821 fue fundada la congregación de los *Hermanos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María*, obra desarrollada por P. Andrés Coindre³⁰ en Lyon.³¹ A partir de la fundación del orfanato del Piadoso Socorro, hacia 1820, se constituyó la primera comunidad de diez religiosos, que dio origen, en setiembre de 1821, a la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón. Tomando como modelo las constituciones de san Ignacio y la llamada regla de san Agustín, el P. Coindre promovió una obra cuyo propósito era la educación cristiana de varones en asilos, parroquias y escuelas. Entre 1824 y 1825, el fundador abrió seis nuevas escuelas, y en el primer capítulo general del Instituto, en octubre de 1824, fue designado superior general de la congregación. A la muerte del P. Andrés Coindre, su hermano, el P. Vicente Coindre, lo sucedió en el cargo. En la década de 1840 la congregación pasó por un período de reorganización, y el Hno. Policarpo asumió el cargo de superior general. Desde entonces la expansión fue constante. A la

obras especiales dedicadas a la atención de discapacitados sordos y ciegos. Desde 1821, y durante 20 años, fue superior de los Padres Monfortianos y de las Hermanas de la Sabiduría. Por la misma época fundó la congregación de las Hermanas de la Instrucción Cristiana en Beignon y confió al P. La Mennais la dirección de los Hermanos de Ploërmel. Impulsó otras fundaciones: los Hermanos de San Gabriel, dedicados a la educación en zonas rurales, los Hermanos Agricultores de San Francisco de Asís, y el Instituto de las Hermanas del Ángel Guardián, en la diócesis de Carcasona. *Ibidem*, pp. 73-74, 86-96, 179-183; DIP, t. 3, 1976, col. 452-454.

³⁰ Andrés Coindre (1787-1826). Nació en Lyon, en el seno de una piadosa familia. Estudió en los seminarios de Argentière y de Lyon y fue ordenado sacerdote en 1812. Inició su ministerio en la parroquia de Bourg. En 1813 pronunció el panegírico del aniversario de la coronación de Napoleón en la catedral primada de San Juan de Lyon. Hacia 1815, y durante seis años, participó de la obra de los Misioneros de la Cartuja, instituida por el cardenal Fesch en 1806 para promover las misiones en los pueblos de la región. El obispo reunía de cinco a doce sacerdotes que durante 30 o 50 días predicaban y administraban los sacramentos en una población, terminando la misión con la erección de un calvario. En 1818 el P. Coindre impulsó a Claudina Thévenet en la fundación de las Hermanas de Jesús-María. Hacia 1820 estableció, en las cercanías de Lyon, un orfanato y una escuela de oficios para niños sin hogar, en cuyo seno se organizó la congregación de los Hermanos de los Sagrados Corazones, en 1821. La obra se extendió con la fundación del seminario de Monistrol. Invitado a fundar un nuevo seminario en la ciudad de Blois, Andrés Coindre murió repentinamente en esa ciudad. EB, 1995, t. 3, p. 439; DIP, t. 2, 1975, col. 1209-1210.

³¹ Zind: o. cit., pp. 215-218; DIP, t. 4, 1977, col. 697-699.

muerte del Hno. Policarpo, en 1859, los Hermanos del Sagrado Corazón tenían 73 establecimientos en Francia y habían expandido su obra en los Estados Unidos.

Las dos congregaciones que nacieron en 1835 y llegaron a Uruguay en las últimas décadas del siglo XIX tuvieron diferente destino. La Sociedad de San José fue disuelta en Francia antes de terminar el siglo, mientras que los Hermanos de la Sagrada Familia afirmaron su presencia en Europa, América y África.

En 1835, el P. José Rey,³² que tenía entonces 37 años de edad y 13 de experiencia sacerdotal, concretó un proyecto complejo, que pasó por diversas etapas.³³ Se trataba de una sociedad de hermanos, la *Sociedad de San José*, reconocida oficialmente por el obispo de Lyon en 1853, que se dedicaría a la rehabilitación y educación de jóvenes detenidos en las cárceles de Lyon, y de niños huérfanos o abandonados por sus padres, como consecuencia de las transformaciones industriales y demográficas que vivía esta región. La obra evolucionó; en una primera etapa, el P. Rey promovió la creación de un refugio separado de la cárcel, que reunió niños y jóvenes de familias modestas, en situación de riesgo, en «peligro moral». Finalmente, canalizó su acción hacia la creación y el desarrollo de colonias penitenciarias agrícolas, en las que el trabajo sería el medio más efectivo de moralización y evangelización de los jóvenes. La más importante de estas colonias estuvo ubicada, entre 1846 y 1888, en la antigua abadía de Cîteaux, del Císter, en Borgoña, expropiada por la revolución, destinada a proyectos fantásticos y finalmente improductiva. El P. Rey hizo de ella un establecimiento modelo, que decayó estrepitosamente luego de su muerte. Solo la rama femenina de la Sociedad de San José sobrevivió en Francia, España, Italia y América Latina.

³² José Rey (1798-1874). Nació en Pouilly-les-Fleurs, perdió a su padre a los dos años y fue educado por su madre, una piadosa y laboriosa mujer. En 1815 ingresó al seminario menor de Verrières, del que más tarde pasó al de Argentière y al seminario mayor de Saint-Iréné. Fue ordenado sacerdote a los 23 años, y en 1826 fue designado párroco en Mizérieux, donde atendió no sólo la vida espiritual de sus feligreses, sino el mejoramiento edilicio de su iglesia. La dedicación a los trabajos manuales fue una constante en su vida. Entre 1829 y 1834 se desempeñó como capellán de la congregación de las Hermanas de Jesús-María. Los conflictos obreros que tuvieron lugar en Lyon desde principios de 1834 revelaron al P. Rey la gravedad de la *cuestión social*. Fue encargado de la atención de los jóvenes detenidos en las prisiones de Lyon, y reclutó a los primeros hermanos. Desde 1835 se consolidó la fundación de los Hermanos de San José, que instalaron su primera obra en Oullins. En 1846 se organizó la colonia penitenciaria agrícola de Cîteaux. De fuerte carácter y salud endeble, el fundador murió en Cîteaux a los 76 años. Abate René Garraud: *El Venerable Padre José Rey* [Gandía, España, 1988]; Baratay: o. cit.

³³ *Ibíd.*

También en 1835 fue fundado el instituto de los *Hermanos de la Sagrada Familia*.³⁴ Gabriel Taborin,³⁵ hijo de una familia cristiana que esperaba que él culminara los estudios sacerdotales que había iniciado, decidió renunciar al sacerdocio para consagrarse a la vida religiosa laical. En su parroquia natal de Belleydoux, en la región del Jura, se dedicó a ayudar al párroco, a enseñar el catecismo, a educar a niños y jóvenes. Para consagrarse «a la educación de los niños y al cuidado de los altares», reunió a otros jóvenes y fundó el Instituto, con la ayuda del obispo de Belley y de Juan María Vianney. Cuando salieron de Francia, el primer destino de los Hermanos de la Sagrada Familia fue Uruguay. Ya en el siglo XX, extendieron su obra en Europa y en otros países de América y África.

Una vez presentadas las congregaciones, es el momento de reflexionar y de buscar relaciones. Las regiones de las que provenían los fundadores y las fundaciones, el perfil de los fundadores, los objetivos propuestos, los apoyos recibidos, las características de la piedad que las impulsó merecen un detenido análisis.

En relación con los lugares de origen, es muy claro que estas obras fueron, en buena parte, el fruto de la Francia rural y católica que había resistido la descristianización que siguió a la Revolución Francesa. Todos los fundadores, nacidos en un lapso de treinta y cinco años, entre 1775 y 1811, provenían de la región de los Pirineos, del sudeste del Macizo Central, de Borgoña o de Bretaña, casi sin excepciones. Las nuevas congregaciones, excepto la Sociedad del Sagrado Corazón de Magdalena Sofía Barat, fueron creadas en las zonas en las que sus fundadores nacieron y se formaron. Claudina Thévenet nació y fundó en Lyon; Rosa Eugenia Pelletier nació en la isla de Noirmoutier e inició su obra en Tours, donde se había educado; Miguel Garicoits nació en Ibarra, en los Pirineos, y fundó en Betharram; Andrés Coindre nació y fundó en Lyon; José Rey nació en Pouilly-les-Fleurs, en los Montes del Lyonnais, y fundó en Lyon; Gabriel Taborin nació en Belleydoux y fundó en Belmont.

³⁴ Hno. Enzo Biemmi: *Hno. Gabriel Taborin. El desafío de un religioso laico en el siglo XIX*, Montevideo, 1998. Esta obra, publicada en francés en 1995, fue traducida al español por el Hno. Alfonso Rodríguez del Olmo, de la provincia de San José, Uruguay.

³⁵ Gabriel Taborin (1799-1864). Nació en Belleydoux (Ain), al noreste de la ciudad de Lyon, el 1.º de noviembre de 1799. Pertenecía a una familia profundamente cristiana y vivió en una región que se resistió activamente a la Revolución. A los 13 años fue enviado a la escuela eclesiástica, pero se definió en él una vocación religiosa laical, no clerical. En 1835 fundó el Instituto de los Hermanos de la Sagrada Familia, aprobado por el papa Gregorio XVI en 1841, que pronto se extendió por varias diócesis francesas. El Hno. Gabriel Taborin murió en Belley el 24 de noviembre de 1864. *Ibidem*; DIP, t. 9, 1997, col. 799-802.

Hay también semejanzas en las características de las familias y en la formación de los fundadores. Magdalena Sofía Barat provenía de una familia católica borgoñona y fue educada por su hermano seminarista. Catalina Fabre era hija de un serrador, se crió en una familia numerosa de siete hermanos, unida por el trabajo y la piedad cristiana. Miguel Garicoits nació en una humilde familia campesina, de acendrado cristianismo —sus padres se habían casado clandestinamente ante un sacerdote no juramentado—. María de Santa Eufrasia Pelletier fue educada en una familia devota y había sido bautizada por sus propios padres en tiempos de persecución. José Rey era hijo de un pequeño propietario rural, obligado por la pobreza a trabajar como tejedor para comerciantes de la región; su padre murió cuando José tenía dos años, la madre tomó el trabajo de tejedora, pero llevaron una vida de extrema pobreza y de piedad —también sus padres habían recibido el sacramento del matrimonio de un misionero clandestino hacia 1791—. Gabriel Taborin se crió asimismo en un pueblo de montaña, en el seno de una familia cristiana que cultivaba las tradiciones de resistencia contra la furia revolucionaria: los revolucionarios habían destruido el campanario del pueblo y la ermita de la familia, el mismo Gabriel había sido bautizado a escondidas, y también a escondidas su abuelo y su padrino habían desarrollado tareas de formación cristiana en su pueblo. En general, se trataba pues de familias de recursos medios o escasos, y de perfil cristiano definido. Una excepción a medias: la de Marcelino Champagnat. Nacido en una familia de la pequeña burguesía, su padre fue un activo militante jacobino que murió cuando Marcelino era un niño; su madre cultivó su espíritu religioso y su piedad mariana.

En cuanto al nivel de formación, ninguna de estas personas, a excepción de Barat, Garicoits, Coindre y La Mennais, tuvo un muy destacado desempeño intelectual.

En su papel de fundadores, tuvieron también problemas semejantes: los obstáculos de los comienzos; las acusaciones que sufrieron Marcelino Champagnat y Gabriel Taborin; los riesgos de cisma que enfrentó Catalina Fabre; las dificultades, a veces graves, que surgían en comunidades de hombres jóvenes e inexperientes, como sucedió en las obras del P. Rey y del Hno. Taborin.

Fueron comunes a todos los institutos en cuestión la dedicación a tareas de asistencia y sobre todo de educación, así como el sincretismo de la vida activa y de la vida contemplativa, que caracterizó a las fundaciones de la época. Los religiosos practicaban la recitación coral del oficio, pero tenían ante sí una amplia gama de actividades apostólicas. Asimismo, todos se proponían las misiones en el extranjero, y si no se las proponían las aceptaron sin remilgos. En relación con las tareas educativas, y a excepción de la Sociedad del Sagrado Corazón, sobre todo las nuevas congregaciones laicales

no se plantearon ofrecer una formación de alto nivel académico o humanista, sino que se consagraron a la enseñanza primaria, a la formación agrícola y en oficios, a la revitalización de la educación cristiana. Esto es válido para los Padres Betharramitas, las Hermanas Dominicas, los Hermanos Maristas, los Hermanos de Ploërmel, de San José y de la Sagrada Familia, y también para las restauradas Hermanas de San José de Lyon.

Una última característica a destacar se relaciona con el espíritu tradicional de todas estas fundaciones. El espíritu de restauración del cristianismo y la fidelidad a la tradición predominaron ampliamente. Cualquier innovación audaz podría haber sido rechazada, y de hecho la subordinación de las fundaciones laicales a las figuras sacerdotales y a la jerarquía es un hecho a destacar.³⁶ Salvo Gabriel Taborin —y la excepción vale para las veinte congregaciones de hermanos fundadas en la misma época en Francia—, todos los fundadores hombres fueron sacerdotes y tuvieron el apoyo de sus obispos o de otras figuras sacerdotales respetables. En tal sentido, tanto Marcelino Champagnat como José Rey y Gabriel Taborin estuvieron vinculados, de una manera u otra, con Juan María Vianney.³⁷

De hecho, las congregaciones laicales inauguraron una forma nueva de vida religiosa, muy cercana al servicio del prójimo, que tuvo gran dinamismo hasta 1850 y se frenó hacia 1900. ¿Por qué? Mientras los hermanos se dedicaron a la enseñanza o al trabajo social, no hubo dificultades; las reticencias se presentaron cuando asumieron tareas espirituales, que los sacerdotes también desarrollaban. La mentalidad de la época condujo a las congregaciones laicales a ubicarse a la sombra de las congregaciones clericales, que eran

³⁶ Hostie: o. cit., pp. 286-299.

³⁷ San Juan María Vianney (1786-1859). Por las circunstancias que rodearon a la Revolución Francesa, Juan María Vianney recibió escasa educación e hizo su primera comunión en forma secreta. Fue ordenado sacerdote en 1815 y nombrado teniente cura de Écully. En 1818 fue enviado como cura párroco al pueblo de Ars, que él convirtió en una parroquia modelo, donde se transformó en un renombrado confesor. Hacia 1827 se iniciaron las peregrinaciones al pueblo de Ars. En la década de 1840 llegaban a Ars cada año unos 20 000 peregrinos que deseaban ver al P. Vianney y sobre todo confesarse con él. El cura de Ars pasaba de 12 a 15 horas diarias en el confesionario. Fue canonizado por Pío XI en 1925 y es el santo patrono de los curas párrocos. EB, t. 12, p. 342.

Marcelino Champagnat fue compañero de estudios del P. Vianney en el seminario de Verrières. Hacia 1853, el P. José Rey lo consultó expresamente antes de aceptar la obra en las cárceles de Lyon, y más tarde recibió novicias enviadas por el cura de Ars para la rama femenina de su obra. Por la misma época, el P. Vianney dio apoyo espiritual y material al Hno. Gabriel Taborin. Los Hermanos de la Sagrada Familia de Belley son, hasta nuestros días, la congregación encargada del mantenimiento del santuario de Ars y de la recepción de los peregrinos. También la madre Felicia, superiora general de las Hermanas de San José de Saint Jean de Maurienne, había recibido de Juan María Vianney el anuncio de que su celo apostólico la llevaría a América.

consideradas una forma más completa de vida religiosa. Por otra parte, la idea y el sentimiento de preeminencia del sacerdocio afectaron históricamente el reclutamiento de vocaciones para las congregaciones laicales.³⁸

Otros caracteres comunes a los fundadores, y que éstos transmitieron a sus obras, fueron propios de la religiosidad de la época y merecen especial atención: la devoción al Sagrado Corazón, la piedad mariana, el culto eucarístico y el espíritu misionero.

En primer lugar, la fe en Jesucristo, más que «la fe en Dios», se consolidó a partir de 1840.³⁹ Esta corriente cristocéntrica, que se conectaba con cierto «populismo cristiano» de la época y con la revalorización de la humanidad de Jesús, tuvo manifestaciones precisas dentro de la Iglesia. Aparecieron libros de espiritualidad centrados en la persona de Jesús y se rescataron algunos clásicos, como la *Imitación de Jesucristo* de Tomás A. Kempis, que tuvo una difusión muy amplia, incluso en sectores populares. Se desarrolló la devoción del *via crucis*, cuya práctica ponía el acento en la contemplación de la pasión de Jesús, y proliferaron las cruces y los calvarios en los pueblos y en los caminos. Uno de los aspectos salientes de este cristocentrismo fue la difusión del culto al Sagrado Corazón de Jesús, que en su forma popular se manifestó en la difusión de la imagen del Sagrado Corazón, en las casas y en los escapularios. La beatificación de Margarita-María Alacoque, en 1865, transformó a Paray-le-Monial en un importante centro de peregrinación. Las consagraciones al Sagrado Corazón se multiplicaron: la de diferentes diócesis francesas, con claras connotaciones monárquicas y patrióticas; la de iglesias y basílicas; la de Francia en 1873; la de todos los cristianos, propuesta por Pío IX, en 1875. En relación con el tema tratado, si bien los jesuitas fueron los más activos propagandistas de esta devoción, diversas congregaciones nuevas se consagraron al Sagrado Corazón y centraron en este culto su vida espiritual. Las Hermanas del Sagrado Corazón de Magdalena Sofía Barat, las de los Sagrados Corazones de Jesús y María de Claudina Thévenet y los Padres del Sagrado Corazón de Betharram de Miguel Garicoits son ejemplos a destacar.

Otro rasgo vinculado a la orientación cristocéntrica de la época se relaciona con el culto eucarístico, que se manifestó en diversas devociones que se difundieron en las parroquias y asociaciones. Nos referimos a los saludos al Santísimo Sacramento, la adoración perpetua, la adoración nocturna. Los fieles laicos eran invitados a comulgar con frecuencia, pues el acento se ponía en el sacrificio de Jesús, en la necesidad de acercarse al Dios Amor. Era evidente una inflexión muy clara en relación con las orientaciones pastorales anteriores, mucho más rigurosas, que acentuaban la severidad de Dios. Los

³⁸ Hostie: o. cit., pp. 291-296.

³⁹ Cholvy e Hilaire: *Histoire religieuse..., 1800-1880*, o. cit., pp. 193-198.

fundadores estudiados propagaron el culto eucarístico y alentaron la comunión frecuente. Éste fue el caso del P. Miguel Garicoits, desde su misma ordenación, a los 25 años, y en su primer cargo de vicario en Cambo. Del mismo modo, José Rey y Gabriel Taborin promovieron la adoración al Santísimo Sacramento y la comunión frecuente.

En relación con la devoción mariana, también desde 1840 es apreciable un desarrollo marcado en este punto, si bien las raíces populares eran profundas y muy antiguas. Por otra parte, la exaltación de María se relacionaba con la rehabilitación del papel de la mujer en las obras cristianas y especialmente en la enseñanza. Las apariciones de la Virgen María en Francia —en 1830 a la Hna. Catalina Labouré, Hija de la Caridad, en París, y en 1858 a Bernadette Soubirous, en Lourdes— dieron una nueva dimensión a la piedad mariana. Esta devoción pujante se manifestó en la celebración solemne de las fiestas marianas, el rezo del ángelus y la devoción del rosario, que se difundieron en las familias, la práctica del mes de María, la multiplicación de los santuarios consagrados a la Virgen y, en consecuencia, de las peregrinaciones colectivas, la expansión de las cofradías del Rosario o de las Hijas de María en las parroquias y en los colegios. Estas asociaciones contribuyeron fuertemente al despertar de vocaciones y al reclutamiento de religiosas. Así pues, la devoción a María estuvo en el origen de numerosas congregaciones de las estudiadas, y se manifestó después fuertemente en el espíritu de las obras. En relación con el origen, Miguel Garicoits estableció las bases de su obra en el Santuario de Nuestra Señora de Betharram —del Hermoso Ramo, en dialecto bearnés—, cuando se desempeñaba como capellán del santuario, al que había sido destinado para revitalizar el culto a la Virgen, reedificar el calvario y restablecer la obra misionera que la revolución había dispersado. El P. Garicoits propagó el rezo del rosario, celebró solemnemente las fiestas marianas y dio especial importancia a la fiesta de los Siete Dolores de Nuestra Señora del Calvario, en el mes de setiembre. Catalina Fabre, fundadora de las Dominicas de Albi, manifestó siempre una profunda devoción a María. Desde niña frecuentaba el santuario de Nuestra Señora de la Piedad, cercano a Saint-Martial y a Chaudesaigues, donde creció y se educó. Su fundación se desarrolló bajo la protección de María, en la dominicana advocación de Nuestra Señora del Rosario. Como ya se ha dicho, Marcelino Champagnat recibió de su madre el espíritu mariano, frecuentaba con sus compañeros el santuario de Nuestra Señora de Fourvière, muy cerca de Lyon, y con ellos se consagró a la Virgen. Como párroco dio impulso a la celebración del mes de María, y en ella puso su confianza cuando fundó, en su honor, la congregación de los Hermanos Maristas o Hermanos de María. Marcelino llamaba a la Virgen su «Recurso Ordinario y Primera Superiora». También en Fourvière, y bajo la protección de María, se inició la obra de Claudina Thévenet.

Por último, se destaca el espíritu misionero. Muchas de las congregaciones francesas fundadas en el siglo XIX vivieron un prodigioso crecimiento y un impulso apostólico que las lanzó fuera de fronteras. En la mayoría de los casos estudiados, a los veinte años de realizada la fundación ya se habían iniciado las tareas misioneras en otros continentes: el Instituto del Sagrado Corazón, fundado en 1800, se había instalado en los Estados Unidos en 1818; los Hermanos Maristas, nacidos en 1817, llegaron a Oceanía en 1836; las Hermanas Dominicas cuya fundación databa de 1852, se establecieron en Uruguay en 1874; los Padres Betharramitas de san Miguel Garicoits, admirador de la obra de san Francisco Javier, cuyo nombre aparece con frecuencia en su correspondencia, fundados en 1835, llegaron a la Argentina en 1856. Las fundaciones laicales de 1835, del P. Rey y del Hno. Taborin, seguramente por las dificultades vividas en Francia y por experiencias misioneras frustrantes, sólo partirían hacia tierras de misión después de cumplir 50 años de vida y cuando ya había muerto el fundador. La obra del P. Rey, que fue creada en 1835 y perdió a su fundador en 1874, se instaló en Uruguay en 1889; y los Hermanos de la Sagrada Familia, fundados en 1835, llegaron a Uruguay en 1889, habiendo muerto el Hno. Taborin en 1864. En todos los casos, la acción misionera fortaleció a las congregaciones, intensificó el reclutamiento de religiosos en las tierras de misión, y los institutos se transformaron en verdaderas obras internacionales.

La llegada al Río de la Plata

Las congregaciones que hemos presentado comenzaron a llegar al Río de la Plata a partir de 1856, fecha del arribo a Buenos Aires de los Padres Betharramitas o Bayoneses, que se instalarían en Montevideo en 1861.

¿Qué país y qué Iglesia encontraron? Los que fueron descritos al principio de este estudio, cuya presentación puede completarse con los datos provenientes del libro *Los intereses católicos en América*, publicado en 1859 en París por el P. José Ignacio Víctor Eyzaguirre. El P. Eyzaguirre, sacerdote chileno de destacada actuación y de vigoroso perfil intelectual, fue quien propuso al papa Pío IX la fundación del Colegio Pío Latinoamericano en Roma, destinado a la formación del clero del continente. Una vez presentado su proyecto, hizo un largo viaje por América Latina del cual obtuvo resultados diversos: mucha adhesión de los obispos y muy poco dinero para su obra. El P. Eyzaguirre inició su periplo por el Brasil, recorrió todas las repúblicas sudamericanas, viajó por México, California, Sonora y Sinaloa, y terminó su recorrida en América Central y las Antillas. En setiembre de 1859 publicó la obra citada, en la que exponía sus impresiones sobre el viaje realizado durante los años 1856 y

1857 y sobre las iglesias locales latinoamericanas. La pintura que Eyzaguirre realizaba de la situación latinoamericana era tremendista y acorde con la tesis que sustentaba: el espíritu revolucionario francés se había apoderado de América Latina, los gobiernos que regían las jóvenes repúblicas eran anticlericales o jurisdiccionalistas, los valores religiosos estaban siendo abandonados, y las estructuras de la Iglesia se resquebrajaban. Solo podía esperarse la revolución, y la decadencia social y moral como consecuencias.⁴⁰

En los capítulos 8.º y 9.º, dedicados al Uruguay, el P. Eyzaguirre realizaba una pintura alarmante del país, marcado por las guerras civiles, el estancamiento rural, las intervenciones de los cónsules europeos, el racionalismo filosófico. La Iglesia uruguaya no salía mejor parada de la pluma del sacerdote chileno, quien insistía en la «fuerte depresión» del sentimiento religioso en las antiguas provincias del Río de la Plata y responsabilizaba de ello a las clases dirigentes, a la llegada de refugiados liberales, a la libre importación de libros y a la penetración de las logias masónicas y de las iglesias protestantes.⁴¹ «Todos aquellos elementos del mal, graves de por sí, lo eran en Montevideo tanto más, cuanto que de parte de la Iglesia muy poca resistencia podían encontrar los tiros audaces asestados contra el santuario», afirmaba Eyzaguirre, y pasaba a describir las debilidades de la Iglesia uruguaya. A los problemas relacionados con la ausencia de estructura jerárquica se agregaba la preocupante situación del clero —falta de clero nacional, falta de formación y falta de acción de los sacerdotes, presencia de curas europeos influidos por las revoluciones liberales de 1848— y las debilidades de la educación católica, puesto que no había seminario, ni adecuada enseñanza religiosa en las escuelas, ni congregaciones religiosas que pudieran revertir la situación. El P. Eyzaguirre se refería de manera especial a la expulsión de los jesuitas que había tenido lugar en 1859, durante el gobierno de Gabriel A. Pereira.⁴²

Esta era la situación que debió enfrentar Jacinto Vera al asumir como vicario apostólico en 1859. Como respuesta, el impulso dado a la instalación de nuevas congregaciones religiosas en el país fue una característica saliente de su actividad evangelizadora.

La presencia de jesuitas y franciscanos en la región, sujeta a problemas diversos que trajeron cortes y ausencias prolongadas, databa del período colonial. Al asumir Vera como vicario, los jesuitas no se hallaban en el país, puesto que habían sido desterrados en 1859. Los franciscanos, expulsados por el gobierno español de Montevideo en 1811, habían regresado más tarde a la ciudad, pero el convento se había cerrado en 1838. La presencia

⁴⁰ José Ignacio Víctor Eyzaguirre: *Los intereses católicos en América*, París, 1859, t. I, p. 86.

⁴¹ *Ibíd.*, pp. 98-109.

⁴² *Ibíd.*, pp. 105-106.

franciscana revivió en 1859 y cobró nuevo impulso con la llegada de los Padres Capuchinos, hacia 1870.

Las dos primeras congregaciones religiosas femeninas arribaron a Uruguay durante el vicariato apostólico de Mons. José Benito Lamas. En noviembre de 1856, en el vapor genovés *Cerdeña*, llegaron a Montevideo cinco monjas salesas y ocho hermanas de la caridad hijas de María Santísima del Huerto, que habían embarcado en Génova en agosto del mismo año. La fundación del primer monasterio de la Visitación en el Río de la Plata y el desarrollo de tareas asistenciales en el Hospital de Caridad fueron los objetivos de tan largo y penoso viaje.⁴³

Las *Hermanas de la Visitación o Salesas*, si bien de nacionalidad italiana, integraban la primera congregación de origen francés que llegó al país. Su venida representó la concreción de un proyecto que se remontaba a 1816.⁴⁴ En ese año, un grupo de señoras montevideanas inició gestiones para lograr el establecimiento de un monasterio en la ciudad. Juana María y Rosa Eduviges García de Zúñiga, hijas de don Juan Francisco García de Zúñiga, brigadier del Ejército real, y particularmente la primera de las nombradas, manifestaron por esa época el deseo de consagrarse a la vida religiosa. En 1821, la llegada a Montevideo del P. Antonio Portegueda, devoto del Sagrado Corazón de Jesús, tuvo como consecuencia el establecimiento de esta fiesta religiosa en la ciudad y la creación de la Congregación del Sagrado Corazón. El P. Portegueda, director espiritual de Juana María Zúñiga, fue sensible a la inclinación de la joven por la vida religiosa, y decidió contribuir al establecimiento de un monasterio de la Visitación en Montevideo dirigiendo al sumo pontífice las primeras peticiones. En ocasión de la visita del legado pontificio, Mons. Juan Muzi, a la región, éste autorizó la instalación de un oratorio con custodia del Santísimo Sacramento en una de las casas de la familia García de Zúñiga, para que se reunieran en el lugar las mujeres piadosas que tenían intención de consagrarse a la vida religiosa.⁴⁵ Los trabajos del P. Portegueda lo pusieron en contacto con los monasterios de la Orden de la Visitación de Madrid y de Paray-le-Monial. Si bien las gestiones avanzaron, especialmente en relación con la última de las dos casas, no llegaron a concretarse en vida del empeñoso sacerdote, que falleció en 1832.⁴⁶

⁴³ *Visita ad limina de Mons. Inocencio M.º Yéregui a Roma*, Montevideo, 5 de julio de 1888, f. 40. Archivo Curia Eclesiástica, serie Obispado, Mons. Inocencio Yéregui, carpeta 1888; Pons: o. cit., p. 183.

⁴⁴ *Historia de la Fundación del Monasterio de la Visitación Santa María de Montevideo*, libro diario, Archivo del Monasterio Nuestra Señora de la Visitación, Progreso (Canelones).

⁴⁵ *Ibidem*, ff. 3-5.

⁴⁶ *Ibidem*, ff. 6-25. El testamento del P. Portegueda probaba su predilección por la Orden de la Visitación, pues solicitaba que todos sus bienes, libros y ornamentos fuesen reservados

El proyecto cobró nuevo impulso en la década de 1850, con el arribo a Montevideo del Pbro. Isidoro Fernández, director de las Carmelitas de la ciudad de Salta, quien llegaba con la idea de instalar un monasterio de dicha congregación. Pronto el P. Fernández se unió al antiguo proyecto de las hermanas García de Zúñiga y otras señoras, entre las que se contaba Ascensión Alcain. Mientras las hermanas Zúñiga ofrecieron su oratorio como monasterio provisorio, Ascensión Alcain hizo la donación que permitió, en diciembre de 1854, la compra del terreno ubicado sobre la calle Canelones donde se levantaría más tarde el monasterio de la Visitación.⁴⁷

En abril de 1855, con las autorizaciones de Mons. José Benito Lamas, el P. Fernández partió hacia Europa con la misión de traer al Río de la Plata a las monjas fundadoras del tan soñado monasterio. No habiendo encontrado en Madrid respuesta favorable, el P. Isidoro Fernández se dirigió a Roma y obtuvo el apoyo de Pío IX, quien, recordando las súplicas recibidas treinta años antes, aprobó la propuesta. El monasterio de la Visitación de Roma encargó al monasterio de Milán la concreción del proyecto, y la madre Luisa Beatriz Radice fue «puesta a la cabeza de esta gran empresa», nada fácil por cierto. Acerca de la madre Radice y de la compleja preparación del viaje a Montevideo, se lee en los *Anales* del monasterio de Montevideo: «su celo por la perfecta observancia, su rara prudencia y su confianza en Dios parecían haber crecido en medio de las dificultades».⁴⁸

Finalmente, el 22 de febrero de 1856, la Sagrada Congregación de los Obispos y Regulares emitió la bula que habilitaba a Mons. Lamas a erigir un monasterio de la Visitación en Montevideo. Seis meses después, el 5 de agosto, las cinco religiosas misioneras abandonaron el monasterio de Milán.⁴⁹ Después de dieciocho días en Génova,⁵⁰ una noche en Marsella, un largo viaje

para el uso del capellán de estas religiosas cuando ellas se instalasen en Montevideo. Destinaba también algunos fondos para la fundación del proyectado monasterio. *Ibíd.*, f. 17.

⁴⁷ *Ibíd.*, f. 23. Dicho terreno estaba ubicado en la esquina de Canelones y Zelmar Michelini. El edificio que ocupó el monasterio de la Visitación hasta 1956 pertenece, desde ese año, a los padres conventuales. Las monjas salesas están instaladas desde entonces en la localidad de Progreso, en el departamento de Canelones.

⁴⁸ *Ibíd.*, f. 25.

⁴⁹ *Ibíd.*, f. 35. Las hermanas designadas para fundar el monasterio de Montevideo fueron: sor Luisa Beatriz Radice, superiora; sor M.^a Gertrudis Crespi, asistente; sor M.^a Rosa Citeri, sor M.^a Alfonsa Gnechi y sor M.^a Carolina Crespi. *Ibíd.*, f. 23.

⁵⁰ De acuerdo con las gestiones del P. Fernández, en Génova debían unirse a las Hermanas Salesas un grupo de Hijas de la Caridad procedentes de Roma, destinadas al Hospital de Caridad de Montevideo. Ya en Génova, el P. Fernández recibió la noticia de que se había dado a tales religiosas otros destinos, lo que le provocó fuerte preocupación. La M. M.^a Catalina Schiaffino, superiora del Monasterio de la Visitación de la ciudad, le sugirió que se dirigiera a las Hijas de María Santísima del Huerto, recién instaladas en Génova y con obras en todo el Piamonte. Si bien la primera respuesta fue negativa, a las intensas oracio-

transatlántico de un mes con escalas en Málaga, Lisboa y Tenerife, diecisiete días en Bahía y veinticuatro en Río de Janeiro, llegaron a Montevideo. Las Hermanas Salesas fueron acogidas en la casa de las hermanas García de Zúñiga. Veinte días más tarde tuvo lugar la ceremonia de la fundación del monasterio y del establecimiento de la clausura, el 8 de diciembre de 1856.⁵¹

La sociedad montevideana tenía grandes expectativas en la labor educativa que las Hermanas Salesas podrían desarrollar: «Las personas más distinguidas de la ciudad se mostraban favorables a la nueva casa, ya que se hacían pedidos para confiarnos sus niñas, pero nuestra respetable Madre no quiso que se abriese el educandado tan luego, para darnos un poco de tiempo para que nos entregásemos más a formarnos a la vida religiosa». Las clases comenzaron el 19 de febrero de 1857, bajo la protección de san José, con cuatro alumnas.⁵² El pensionado y la escuela de niñas pobres no dejaron de desarrollarse en los años siguientes. En diciembre de 1859, los cursos se abrieron con 70 niñas inscriptas y 40 pupilas. Incluso se hizo necesario solicitar el envío de más hermanas para dedicarse a la educación, y en enero del mismo año se habían unido a la comunidad religiosa sor M.^a Sofía de Ornans, sor Rafaela de Milán —«para enseñar el inglés»— y una pretendiente del monasterio de Montpellier.⁵³

Fue a partir de 1861 que llegaron las nuevas congregaciones. Se trataba de institutos de diverso origen fundacional que vinieron de diferentes países europeos o americanos de la región. De Francia arribaron las Hermanas Vicentinas, las Hermanas Domínicas de Albi, los Hermanos de la Sagrada Familia y la Sociedad y las Hermanitas de San José. De Italia, los Padres Salesianos, las Hermanas de María Auxiliadora y los Padres Capuchinos. Los Padres Bayoneses viajaron a Montevideo desde Buenos Aires, donde se habían instalado en 1856. También de Buenos Aires, puesto que se trataba de una congregación fundada en Argentina, llegaron las Hermanas del Inmaculado Corazón de María, también llamadas Adoratrices. Las Hermanas de San José de Saint Jean de Maurienne vinieron también de la Argentina, donde se

nes de las monjas salesas siguió la aceptación de enviar ocho religiosas, bajo la dirección de la superiora M.^a Clara Podestá. Completaban el grupo quince religiosos franciscanos, destinados a Salta. El superior de los Padres Franciscanos, el P. Pellicci, fue designado por el P. Isidoro Fernández confesor de las religiosas. *Ibidem*, ff. 39-45.

⁵¹ Ese mismo día tomaron el hábito las primeras novicias uruguayas: las hermanas Zúñiga, «ya ancianas», las hermanas Rodríguez, la Srta. Del Valle y la Srta. Prego. *Ibidem*, ff. .57-59. Sor Ascensión Alcain ingresó la vida religiosa más tarde; no se adaptó, dejó el hábito, pero se obligó a permanecer siempre adicta al Monasterio. *Ibidem*, f. 65.

⁵² *Ibidem*, f. 62.

⁵³ *Ibidem*, ff. 75 y 76. Acerca de la enseñanza del inglés, las hermanas le prestaron una especial atención («muchas personas en aquella época habiendo pedido que se enseñase tal idioma»).

encontraban desde 1882, pero una fundación provino de San Jerónimo Norte (Santa Fe) y la otra de Buenos Aires. Las Hermanas del Buen Pastor de Angers, en 1876, y algunas de las Hermanas del Sagrado Corazón de Magdalena Sofía Barat, en 1908, llegaron de Chile.

Vamos a referirnos a la llegada al Uruguay de las congregaciones que motivan este estudio, y detectaremos luego las circunstancias que aparecen como constantes.

En noviembre de 1856 había llegado a Buenos Aires el primer grupo de religiosos de la Congregación del Sagrado Corazón de Betharram, llamados en esta región *Padres Bayoneses*.⁵⁴ La misión en el Río de la Plata fue el resultado de una doble preocupación evangelizadora: la de Mons. Lacroix, obispo de Bayona, y la de Mons. Mariano de Escalada, obispo de Buenos Aires. Desde fines de la Guerra Grande venían saliendo del país vasco-francés y del Béarn unos 2 000 emigrantes anuales hacia el Río de la Plata. En su mayoría campesinos y de fuertes tradiciones cristianas, en el Plata no encontraban asistencia espiritual en su lengua y se alejaban de las iglesias. Ante esta situación, el clero vasco inició una campaña de protesta contra la emigración y contra el abandono de la vida de fe, que provocó reticencias en los potenciales viajeros y preocupó al cónsul de la Argentina en Bayona, el Sr. Roby, encargado de estimular el movimiento migratorio hacia América del Sur. El cónsul solicitó entonces al obispo de Bayona el envío de algunos sacerdotes vascos que pudieran asistir espiritualmente a los inmigrantes. Por otra parte, esta demanda coincidía con el pedido de algunos vascos ya prósperos en el Plata. Mons. Lacroix se dirigió a la congregación del P. Miguel Garicoits para solicitarle esta misión, que fue aceptada en una asamblea plenaria de octubre de 1854. Ocho religiosos fueron destinados a la obra en América: los padres Diego Barbé, como superior, Simón Guimon, que había sido el gran impulsor del proyecto, Luis Larrouy, Juan Bautista Harbustan, Pedro Sardoy y Juan Magendie, y los hermanos coadjutores Joannes (Aróstegui) y Fabián. Luego de dos años de preparativos, los misioneros se embarcaron en el velero *Étincelle* y tras un azaroso viaje que duró más de dos meses —65 días, mucho más de lo previsto—, el 3 de noviembre de 1856 los viajeros hicieron escala en Montevideo y llegaron finalmente a Buenos Aires el día 4.⁵⁵ La primera comunidad de los Padres Bayoneses se instaló en la iglesia de San

⁵⁴ Juan Magendie SCJ: «Preparativos para la partida de la misión betharramita al Río de la Plata», en *FVD, Órgano de los establecimientos de educación dirigidos por los RR. PP. del Sagrado Corazón de Jesús*, año III, n.º 28, junio 1923, n.º 1-7; «Los Padres del Sagrado Corazón de Jesús de Betharram en el Río de la Plata», en *FVD*, año III, n.º 29, julio 1923, n.º 8-11; «Nuestra primera misión al Río de la Plata en 1856», en en *FVD*, años III y IV, n.º 30-41, agosto 1923-julio 1924, n.º 12-53.

⁵⁵ *Ibidem*, n.º 32-48.

Juan, en Alsina y Piedras, junto al monasterio de las Monjas Clarisas. Los Padres asumieron la capellanía de la comunidad religiosa y desarrollaron la vida sacramental, confesiones y comuniones, y la predicación en lengua vasca. Por esta razón la iglesia de San Juan se transformó en la iglesia de los Vascos de Buenos Aires. A la realización de frecuentes misiones en toda la Provincia de Buenos Aires y en Uruguay, encabezadas por el P. Guimon, los Padres sumaron, en 1858, la fundación y la dirección del Colegio de San José, en Balvanera,⁵⁶ que ganó un fuerte respeto por su nivel académico, los textos escolares y los métodos de enseñanza utilizados.

Entretanto, en 1857 había llegado a Montevideo un religioso trapense de origen vasco-francés llamado Paulino Sarraute.⁵⁷ Venía de la comunidad trapense de Kansas (Estados Unidos) y había emprendido una serie de obras de apostolado entre los vascos instalados en Montevideo. A las reuniones en casas de familia siguió la instalación de una modesta capilla, a la que debía suceder la construcción de un templo de mayores proporciones consagrado a la Inmaculada Concepción de María. El P. Sarraute llegó a formar una comisión de cristianos franceses y vasco-franceses dispuestos a apoyar este proyecto. En 1861, obligado a regresar a su comunidad, el misionero inició gestiones ante Mons. Jacinto Vera para que los Padres Bayoneses se instalaran en Montevideo y continuaran la obra iniciada con la comunidad vasco-francesa. Los Padres de Betharram no eran desconocidos en el Uruguay. Desde 1857, pocos meses después de desembarcar en Buenos Aires, el P. Guimon, acompañado por los padres Harbustan y Sardoy, había comenzado a predicar misiones en Montevideo. Es probable que en 1859 hayan acompañado a Jacinto Vera en misiones en Santa Lucía y Canelones, y ese mismo año el P. Guimon había predicado los ejercicios espirituales al clero de Montevideo.⁵⁸ Las gestiones de Mons. Vera fueron apoyadas por el P. Garicoits, y en 1861 los primeros religiosos se instalaron en Montevideo. La primera comunidad, protegida y alojada por el mismo vicario apostólico, estuvo integrada por el P. Juan Bautista Hasbustan y el Hno. Joannes Aróstegui. Los religiosos se consagraron a la atención de la comunidad vasca, a la predicación y a la capellanía del Hospital de Caridad. Fueron años de dificultades, muy ligadas a la construcción de la gran iglesia de la calle Daymán, hoy Julio Herrera y Obes, que, como en Buenos Aires, pronto fue conocida como la iglesia de

⁵⁶ *Ibíd.*, n.º 49-58.2

⁵⁷ Pons: *o. cit.*, p. 185; Notas mecanografiadas, Archivo de los Padres Betharramitas, Montevideo. El P. Sarraute sucedió al P. Isidoro Fernández como confesor de las mojas salesas en mayo de 1857. *Historia de la Fundación del Monasterio de la Visitación...*, *o. cit.*, f. 68.

⁵⁸ «Misiones de los Padres Bayoneses», en *FVD*, año II, n.º 22, 1922, p. 419-420; Sociedad de Exalumnos del Colegio-Liceo de la Inmaculada Concepción: *Breve historia del Colegio*, Montevideo, 1940, p. 7, Archivo de los Padres Betharramitas, Montevideo.

los Vascos. En 1867, a los seis años de su llegada a la ciudad, contando con nuevos recursos humanos⁵⁹ y con el estímulo de las autoridades eclesiásticas y de muchas familias cristianas, los Padres Bayoneses fundaron el Colegio de la Inmaculada Concepción, bajo la dirección del P. Juan del Carmen Souverbielle. El colegio ocupó diversos emplazamientos hasta que se instaló definitivamente, hacia 1873, en su local actual de la calle Mercedes y Julio Herrera y Obes, junto a la iglesia de la Inmaculada Concepción. La institución tenía un particular prestigio hacia 1890; contaba con unos 250 alumnos, un destacado grupo de sacerdotes y un reconocido curso comercial.

Además de las tareas de evangelización desarrolladas sobre todo al servicio de la comunidad vasco-francesa en Uruguay, la acción de los Padres Bayoneses fue decisiva en el impulso dado a la llegada de nuevas congregaciones francesas —es el caso de la congregación de las Hermanas Domínicas de Albi, firmemente apoyada por el P. Francisco Laphitz— y en la promoción de las tareas educativas de la Iglesia. Se pueden citar dos ejemplos. En primer lugar, el P. Souberbielle, primer director del Colegio de los Vascos, al volver de Europa, adonde había viajado para actuar como capellán del ejército francés durante la guerra franco-prusiana, fue profesor de Francés en el Liceo de Estudios Universitarios fundado por Mariano Soler en 1876.⁶⁰ Por otra parte, el P. Alfredo Dulong fue un valioso colaborador de Francisco Bauzá en la obra del Instituto Pedagógico,⁶¹ y fue también apoyo para la Sociedad de San José⁶² y para los Hermanos de la Sagrada Familia⁶³ que llegaron al Uruguay en 1889.

⁵⁹ A principios de 1859, un nuevo grupo de religiosos llegó a Buenos Aires. Lo integraban el P. Juan del Carmen Souberbielle, los subdiáconos Agustín Dulong y Pedro Pommés, el clérigo menor Víctor Serres y el Hno. Jaentin; «todos ellos llenos de vida y energía», según el propio P. Serres. A fines de 1862, a la comunidad de Montevideo se unió el P. Domingo Irigaray, trasladado más tarde a Buenos Aires. El P. Harbustan fue desterrado a Buenos Aires a mediados de 1863, en el marco del conflicto entre la Iglesia y el gobierno de Berro. Al regresar, en 1864, vino acompañado por el P. Juan del Carmen Souberbielle, quien se desempeñó como capellán del Hospital de Caridad. A ellos se unió el P. Victorio Saubatte y más tarde el P. Víctor Serres. Ya fundado el Colegio de Montevideo, llegaron de Buenos Aires los padres Francisco Laphitz, Lorenzo Mendivil y Agustín Dulong. P. Víctor Serres SCJ: *Efemérides del Colegio de la Inmaculada Concepción (Montevideo)*, libreta manuscrita, f. 5-9, Archivo de los Padres Betharramitas, Montevideo; Sociedad de Exalumnos del Colegio-Liceo de la Inmaculada Concepción: o. cit., p. 7-11.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 11. Se transcribe el testimonio del ex alumno Jacinto D. Durán.

⁶¹ Véase «Memoria del Instituto Pedagógico correspondiente al año 1885», en *El Diario Católico*, Montevideo, 19 de febrero de 1886. En la memoria se agradece la dedicada colaboración del P. Agustín Dulong, de los Padres Bayoneses, y del P. Juan Célérrier, de los Padres Lazaristas, en el reclutamiento de buenos maestros.

⁶² Ver: R. P. D. [P. Pierre Donat]: *Mon voyage à Montévidéo*, Cîteaux, 1892.

⁶³ Sociedad de Exalumnos del Colegio-Liceo de la Inmaculada Concepción: o. cit., p. 12.

Hubo que esperar hasta 1870 para que una nueva congregación francesa, y en este caso una congregación de historia centenaria, llegara al Uruguay. Nos referimos a las *Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul*. Las Hermanas Vicentinas y los Padres Lazaristas habían llegado a Buenos Aires en setiembre de 1859, y enfrentando una fuerte campaña anticlerical tomaron a su cargo diversas obras de asistencia pública.⁶⁴

De la primera mitad de 1865 databa la primera solicitud, elevada por Mons. Santiago Estrázulas, protonotario apostólico en Montevideo, a la visitadora provincial de las Hijas de la Caridad en Buenos Aires, sor Gabriela Berdoulat, referida a la instalación de un colegio dirigido por las religiosas en Montevideo.⁶⁵ A la respuesta negativa del Consejo Provincial, fundada en la presencia en Montevideo de otras congregaciones femeninas y en la dedicación de la Obra de San Vicente al trabajo con los pobres, siguió un nuevo pedido. El 12 de mayo de 1865, Mons. Estrázulas enviaba una nueva solicitud, asegurando a las hermanas la protección del vicario apostólico, Mons. Jacinto Vera, y del presidente de la República, el Gral. Venancio Flores, y el apoyo económico del cónsul francés en Montevideo, el Sr. Maillefer, quien financiaría el viaje de las religiosas. La segunda respuesta de las Hijas de la Caridad, si bien amable, no permitía abrigar grandes esperanzas. Un año más tarde, en junio de 1866, y a comienzos de 1867, insistió Mons. Estrázulas por tercera y por cuarta vez, y la respuesta volvió a ser negativa. Para la congregación, la obra no parecía contar con suficientes garantías; y las tareas puramente educativas no eran las más propias de la obra vicentina. Imperturbable, Mons. Estrázulas repitió sus demandas en mayo y en junio de 1867, dirigiéndose incluso al superior general en París. En esta última oportunidad se presentó a las Hijas de la Caridad otra oferta: un asilo de pobres mendigos y una escuela para niñas en el barrio de la Unión. El Consejo Provincial decidió apoyar la solicitud de Mons. Estrázulas ante los superiores en Francia, pero declaró que la provincia no contaba con las religiosas necesarias para iniciar la obra. A los viajes a Montevideo de sor Berdoulat, y del P. Benech, visitador lazarista de Chile, encargado por el superior general de preparar un proyecto de acuerdo, siguieron las últimas vacilaciones y la decisión definitiva. El contrato entre el superior general, el P. Fréret, representado por Mons. Estrázulas y Lamas como su apoderado, y el Gobierno del Uruguay, representado por el ministro de Gobierno, José Cándido Bustamante, fue firmado el 15 de junio de 1870. La tenacidad de Mons. Estrázulas se veía

⁶⁴ Juan Carlos Zuretti: *Nueva historia eclesiástica argentina*. Buenos Aires, 1972, p. 301.

⁶⁵ P. Horacio S. Palacios CM: *Primeros años de las Hijas de la Caridad en el Plata (1859-1870)*, trabajo mecanografiado. Archivo de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul, Montevideo.

recompensada, y las Hermanas Vicentinas asumirían una obra que respondía con mayor fidelidad a su carisma.

En octubre de 1870, en plena revolución blanca de Timoteo Aparicio, las primeras hermanas llegaron a Uruguay.⁶⁶ En la Unión, se instalaron cinco religiosas: sor Polère, directora del noviciado de Buenos Aires, como superiora interina, sor (Clementina) Duthu, sor Gaeghen y sor Mercedes, para atender el asilo de mendigos, el actual Hospital Pasteur. En junio de 1872 comenzó a funcionar la escuela gratuita para niñas, obra apoyada por la llegada de tres religiosas más, procedentes de Buenos Aires, y que contaba con más de 200 alumnas dos años más tarde.⁶⁷ En 1873, ante los buenos frutos de la obra de la Unión, se concretó la fundación de una «misericordia» en el centro de Montevideo. Con el apoyo económico de la familia Jackson, cuatro hermanas vicentinas se instalaron en la calle Reconquista, abrieron una pequeña escuela gratuita y se dedicaron a la visita de los pobres a domicilio. Durante los años siguientes, se abrió la Asistencia de los Hijos de María, dirigida a los niños pobres; el Colegio San Vicente de Paul, en 1886, que alcanzó un promedio de de 500 alumnas; la Escuela Normal, también en 1886, para formar maestras normales; el Taller de Bordado y Costura, en el que llegaron a trabajar 60 jóvenes; y la Asociación Protectora de la Joven.⁶⁸ Ya el siglo XX, las Hermanas Vicentinas fundaron y dirigieron otros tres colegios en Montevideo: el Colegio del Niño Jesús de Praga, en la calle Mercedes, local en el que se encuentra actualmente la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; el Colegio de la Medalla Milagrosa, junto a la Parroquia de Nuestra Señora de los Dolores, en el Reducto; y el Colegio de Melilla.

Los Padres Lazaristas instalaron una primera casa en Montevideo, en la década de 1880, desde la que se dedicaron a las misiones rurales. Mons. Yéregui se refiere a dichas misiones en su *Informe* de 1888:

Mi predecesor [Mons. Jacinto Vera] y yo hemos reglamentado esas visitas espiritual y pecuniariamente, hemos reprendido los abusos y hemos procurado ayudar a los párrocos en la predicación en tan dilatados campos, enviando misiones especialmente de la Compañía de Jesús y lazaristas. A este respecto debo hacer notar que la benemérita familia Jackson fundó en esta ciudad la casa de los padres lazaristas y le pasa mensualmente una pensión de 150 pesos para tres padres, a fin de que se ocupen de las visitas rurales.

⁶⁶ Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul, *Anales*, t. XXXIX, p. 580. *Ibidem*.

⁶⁷ Hospital Pasteur y Asilo Piñeyro del Campo, páginas mecanografiadas (2), s/f. *Ibidem*.

⁶⁸ Casa San Vicente, páginas manuscritas (4), s/f. y *Réponses au questionnaire envoyé par Ma Soeur Visitatrice*, s/f. *Ibidem*.

En la residencia de Montevideo vivían tres sacerdotes y un lego.⁶⁹ Los aportes de los lazaristas se extendieron a otras áreas. Ya se ha aludido al P. Juan Célérier, a quien Francisco Bauzá agradecía, en 1886, la colaboración en el reclutamiento de buenos maestros para el Instituto Pedagógico.

En 1892, a pedido de Mons. Mariano Soler, los Padres de la Misión se establecieron en la Unión. Continuaron con frecuentes misiones en el interior, asumieron la dirección del Colegio Parroquial de San Vicente —fundado por los Hermanos de la Sagrada Familia— y se encargaron de la construcción del Santuario de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa, actualmente Parroquia de San Agustín y de la Medalla Milagrosa.

También en la década de 1870 llegaron a Montevideo las primeras *Hermanas Domínicas de Santa Catalina de Siena de Albi*.⁷⁰ En 1872, la Hna. Catalina Attané tenía 43 años, y 24 de vida religiosa. Ese año fue enviada como priora a la casa de hermanas enfermeras de Génova, en Italia, y allí tomó a su cargo el cuidado de una joven enferma, a quien los médicos aconsejaron un viaje transoceánico y la permanencia por un tiempo en América del Sur, concretamente en Montevideo. La Hna. Catalina y su enferma se embarcaron pues hacia el Río de la Plata. Sin embargo los beneficios esperados del viaje no se manifestaron, y la enferma se agravó durante la travesía. El 1.º de diciembre de 1872, la Hna. Attané y su paciente llegaron a la isla de Flores, para pasar cinco días de cuarentena en el lazareto. Dos días más tarde, la enferma murió y fue enterrada en el cementerio de la isla. El 6 de diciembre, al atardecer, Catalina desembarcó sola en Montevideo; no conocía a nadie ni hablaba español. Fue alojada por las Hermanas del Huerto, en el Hospital de Caridad, y después de pedir la atención religiosa de un sacerdote francés tuvo ocasión de conocer al P. Francisco Laphitz, de la comunidad de los Padres del Sagrado Corazón de Betharram. El P. Laphitz, firme promotor de la enseñanza cristiana, obtuvo de la Hna. Attané la promesa de promover ante su superiora la fundación de una comunidad dominicana en Montevideo, que se consagraría al cuidado de los enfermos y a la educación cristiana de los niños. Con tal propósito, Catalina regresó a Francia.

Con la entusiasta autorización de la madre Gérine, en la primavera de 1874 partió de Génova, en el vapor *Pampa*, el primer grupo de cinco religiosas domínicas, de origen francés e italiano. Las Hnas. Catalina Attané, María de la Visitación Ogliengo, María del Rosario Garabello, Josefa Fabbri, Inés y Dominga Percevali llegaron a Montevideo el 10 de mayo de 1874. Al apoyo

⁶⁹ *Visita ad limina de Mons. Inocencio María Yéregui a Roma*, o. cit., ff. 34 y 37.

⁷⁰ *Cinquantenaire de la venue des Soeurs Dominicaines à Montevideo*, trabajo manuscrito (10). Montevideo, 1924. Archivo de los Padres Betharramitas, Montevideo; *Las domínicas...*, o. cit., p. 317-330.

de los Padres Bayoneses, y especialmente del P. Laphitz, se sumaron los de las familias Jackson, Heber, Martínez, Caprario y Petit, entre otras.⁷¹ Las Hermanas Blancas se instalaron en una pequeña casa alquilada en la calle Maldonado, cerca del monasterio de las Salesas. La enfermedad y la muerte de la Hna. Atané, a sólo dos meses de la llegada, pareció complicarlo todo. Sin embargo, la comunidad fue reforzada desde Francia con el envío de un segundo grupo de seis religiosas en noviembre de 1874, y de un tercer grupo de tres misioneras en abril de 1875.⁷² Entre las que llegaron en noviembre venía la Hna. Dominga Roques, quien desarrolló una importante misión como priora de Montevideo y más tarde como superiora provincial, entre 1874 y 1896, desempeñando el papel de visionaria fundadora en la región.

Las Hermanas Dominicas cumplieron dos tareas: el cuidado de enfermos a domicilio y la enseñanza dirigida a los niños, pobres y ricos. Su primera casa y colegio estuvo ubicada en la Ciudad Vieja, y cambió de local repetidas veces hasta instalarse en la calle Cerrito⁷³ entre Zabala y Misiones. Este fue el Colegio del Sagrado Corazón o del Sacré-Coeur,⁷⁴ que reunía una escuela gratuita y un colegio para la enseñanza del francés. El 27 de noviembre de 1877 fue fundado el Convento de Santo Domingo, sobre el camino de los Pocitos, en las afueras de Montevideo.⁷⁵ La nueva casa, levantada gracias a la ayuda de Clara Jackson de Heber, estaba destinada al descanso de las hermanas veladoras y a la instalación del noviciado, pues crecían las vocaciones en Uruguay. Pronto se organizó también una escuela para los niños de la zona. El convento de Santo Domingo se transformó en la casa provincial de la congregación, para Uruguay y toda América del Sur. Entretanto, en 1875,

⁷¹ *Ibidem*, p. 328-329.

⁷² El 30 de noviembre de 1874 llegaron a Montevideo, a bordo del *Níger*, las Hnas. Dominga Roques, María del Espíritu Santo Gimalac, Lorenza Jaoul, Jacinta Prativiel, María de Jesús Marquier y Marta Cantonnet. El 30 de abril de 1875 arribaron a la ciudad, a bordo del *Ecuador*, las Hnas. María del Rosario Kohler, Estefanía Rivière y Agustina Prativiel, como visitadora, delegada por la M. Gérine. En 1878, se unieron a la comunidad de Montevideo las Hnas. Clara y Celestina. *Ibidem*, pp. 333-336. Desde 1863, la congregación había confiado a la Hna Dominga Roques tareas de enseñanza, en la ciudad de Pau, primero en el Colegio San Martín, dirigido por el P. Sempé, y a partir de 1870 en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, dirigido por las Hermanas Dominicas. La Hna. Dominga tenía un definido perfil docente cuando se ofreció para viajar a América en 1874. Este hecho fue decisivo en el desarrollo de las obras de enseñanza en el Río de la Plata. *Ibidem*, pp. 152-153.

⁷³ De la calle Maldonado, las hermanas pasaron a la calle Washington, a la calle Sarandí, a la calle Buenos Aires, donde estuvieron unos quince años. En 1902 se trasladaron a la calle Cerrito, gracias al legado de la Sra. Sofía Jackson de Buxareo. *Ibidem*, pp. 335-339.

⁷⁴ El nombre había sido sugerido por el P. Laphitz, quien deseaba que el colegio fuera una fundación de reparación al Corazón de Jesús, luego del sacrilegio que había sido cometido en la iglesia de la Inmaculada Concepción en 1866. *Ibidem*, p. 334.

⁷⁵ *Ibidem*, pp. 338-344.

las Hermanas Domínicas habían fundado un orfanato en Buenos Aires, y en 1876 ya dirigían un colegio en San Juan de Cuyo. A estas obras siguieron otras: colegios en Buenos Aires (1879), en la ciudad uruguaya de Treinta y Tres (1881) y en Chile (1911).⁷⁶ En el siglo XX se realizarían nuevas fundaciones en Argentina y en Uruguay, en los barrios de Maroñas y el Cerrito de la Victoria, en Montevideo.

De 1876 data la instalación en Uruguay de las *Hermanas del Buen Pastor de Angers*, si bien el inicio del proceso fundacional debe ubicarse en 1867.⁷⁷ En mayo de ese año pasaron por Montevideo, en camino hacia la casa madre de la congregación, en Angers, la M. María San Agustín de Jesús Fernández Concha, superiora del monasterio de Santiago de Chile, acompañada por su hermana carnal, también religiosa, y por el capellán del Monasterio de Santiago, primo suyo. Las religiosas se alojaron en el monasterio de las Salesas,⁷⁸ quienes pronto concibieron el proyecto de que las Hermanas del Buen Pastor se estableciesen en Montevideo, y buscaron el apoyo de las autoridades eclesiásticas y de algunas personalidades católicas influyentes. En consecuencia, el P. Francisco Castellón, gobernador eclesiástico, en ausencia de Mons. Jacinto Vera —quien se hallaba en Roma—, encargó a la M. María San Agustín que solicitara a la madre general y fundadora, María de Santa Eufrasia Pelletier, la creación de un monasterio en Montevideo. Se pedía la instalación de un casa de corrección para mujeres, más precisamente una «casa de arrependidas», en la que también colaborarían las Hermanas de la Visitación.

La falta de religiosas para concretar la fundación postergó el proyecto, que cobró un nuevo impulso en 1874. En mayo de ese año, con motivo de las elecciones generales de la congregación, varias superiores de los monasterios de Chile viajaron a Angers. La M. María San Agustín fue elegida entonces superiora provincial de Santiago de Chile, y solicitó nuevamente a la madre general la autorización para fundar un monasterio en Montevideo con religiosas de origen chileno. A su regreso a Santiago, obtenida la autorización del arzobispo, Mons. Rafael Valentín Valdivieso, la M. San Agustín inició

⁷⁶ *Ibidem*, pp. 346-404.

⁷⁷ *Visita ad limina de Mons. Inocencio M.ª Yéregui a Roma*, o. cit., f. 40; J. Isern SJ: o. cit., pp. 321-342 y 424-457.

⁷⁸ Existe una relación de filiación entre ambas congregaciones. Como ya se explicó, la Congregación del Buen Pastor es una rama de la Congregación de Nuestra Señora de Caridad del Refugio, obra del beato Juan Eudes. En 1644, en Caen, cuando el fundador enfrentaba serias dificultades para asentar su obra, pidió el auxilio de Hermanas de la Visitación para que formasen a las primeras postulantes de la naciente congregación. La M. San Agustín, al llegar a Montevideo, y ante la opción de alojarse con las Hermanas de la Visitación o con las Hermanas del Huerto, había respondido: «Si V. S. nos lo permite, iremos a las religiosas de la Visitación, que son nuestras primeras Madres». *Ibidem*, p. 322.

las gestiones que conducirían a la fundación, en noviembre de 1874. Siete hermanas del Buen Pastor fueron nombradas para iniciar la obra misionera, y la Hna. María de la Inmaculada Concepción Sánchez fue designada superiora.⁷⁹ Mons. Jacinto Vera y las Hermanas de la Visitación fueron informados de las decisiones tomadas en Santiago y pronto obtuvieron los apoyos prometidos siete años antes. Manuela Alcain de Errasquin cedería para la fundación del monasterio del Buen Pastor una quinta en las afueras de Montevideo; Sofía Jackson de Buxareo y Elena Jackson contribuirían mensualmente para la manutención de la comunidad; Dorotea del Campo de Piñeyro sería otra importante benefactora de la nueva obra.⁸⁰

El 17 de diciembre de 1875, las ocho religiosas salieron de Santiago para embarcarse, cinco días después, en el puerto de Valparaíso. En el vapor *Valparaíso* navegaron trece días y arribaron a Montevideo el 4 de enero de 1876. Recibidas por Félix Buxareo, fueron conducidas al monasterio de la Visitación, donde se alojaron durante dos meses, mientras se hacían las obras necesarias en el futuro monasterio. Finalmente, el 2 de marzo de 1876 la comunidad del Buen Pastor se instaló en la amplia quinta que sería su residencia definitiva. La obra se desarrolló sin tropiezos y pronto se estableció el noviciado.

Si bien la educación no fue tarea principal de las hermanas, en marzo de 1881 abrieron una escuela externa para las niñas pobres del barrio. Con el apoyo económico de las señoras de la familia Jackson, Sofía, Clara y Elena, las clases se iniciaron con 20 alumnas, pero el número aumentó pronto.⁸¹

La congregación del Buen Pastor pasó por días de prueba en 1885, como consecuencia de la aprobación, el 14 de julio, de la llamada Ley de Conventos, que autorizaba al gobierno a controlar los ingresos a la vida religiosa y a inspeccionar los conventos. Fue inútil la protesta que los superiores religiosos presentaron ante Mons. Yéregui, obispo de Montevideo, y los reclamos de las autoridades eclesiásticas. El monasterio del Buen Pastor fue la primera casa religiosa inspeccionada, y la primera que se resistió al cumplimiento de la citada ley, lo que motivó el destierro de las Hermanas. Finalmente se decidió su traslado a Buenos Aires, que se concretó el 31 de julio de 1885, hasta tanto cambiase la coyuntura política. El 19 de abril de 1886 se aprobó el regreso de las religiosas a Montevideo y a su monasterio. También ese año se reinstaló la escuela. En 1892, el monasterio del Buen Pastor inició su

⁷⁹ Integraban el grupo las Hnas. María de Santa Inés González y María de Santa Gertrudis Zamora, del monasterio de San Felipe, las Hnas. María de Santa Bárbara Carballo, María de Santa Germana Rodríguez y María de Santa Rosa Seymour, del Monasterio Provincial de Chile, y la Hna. María de Santa Catalina Inostrosa, que hizo sus votos pocos días antes del viaje. *Ibídem*, p. 526.

⁸⁰ *Ibídem*, pp. 326 y 327.

⁸¹ *Ibídem*, p. 340.

trabajo, de carácter social y educativo, con las niñas que debían ser recluidas por orden judicial.⁸²

Habría que esperar casi veinte años para que se produjera la llegada de nuevas congregaciones francesas al país. En efecto, en 1889 arribaron los *Hermanos de la Sagrada Familia* y la *Sociedad de San José*. Estas dos congregaciones laicales respondían a proyectos bien diferentes, y tuvieron un muy diverso futuro.

En el capítulo de la congregación de los Hermanos de la Sagrada Familia, reunido en 1885 en Belley, el Hno. Amadeo, sucesor del fundador Gabriel Taborin como superior general del instituto, expresó el deseo de desarrollar la obra misionera de los Hermanos fuera de Francia, propuesta que fue calurosamente apoyada.⁸³ Entretanto, en Uruguay, Mons. Inocencio María Yéregui, obispo de Montevideo desde 1881, continuaba la política, iniciada por su antecesor, de estimular la instalación de nuevas congregaciones educadoras en el país. El papel de nexo entre los Hermanos y la Iglesia uruguaya fue cumplido por Fernando Dumoulin Varonne.⁸⁴ Francés de nacimiento, ex alumno de los Hermanos en Francia y próspero comerciante en Montevideo, el Sr. Dumoulin Varonne era amigo personal de Mons. Nicolás Luquese, secretario del Obispado. Dumoulin conocía la disposición del instituto de Belley para instalarse en América del Sur; también sabía de las gestiones frustradas del obispo de Montevideo ante los Hermanos de las Escuelas Cristianas, para fundar en el país, y pudo en consecuencia promover el acercamiento entre las dos partes. En mayo de 1888, por orden de Mons. Luquese, el Sr. Dumoulin escribió al Hno. Amadeo para solicitarle la instalación de los Hermanos de la Sagrada Familia en Montevideo. Siguió a esta petición una carta de Mons. Yéregui a Roma, en la que pedía apoyo ante los Hermanos; una carta del cardenal Rampolla, secretario de estado del papa León XIII, manifestando el deseo de Su Santidad de que prosperara la fundación en Montevideo, y finalmente la carta de aceptación del Hno. Amadeo, dirigida a Mons. Yéregui. Abrieron el camino

⁸² *Ibidem*, pp. 454 y 455.

⁸³ «Fracaso y estímulo», en *Hermanos de la Sagrada Familia, 1889-1999. Publicación periódica*, Montevideo, año I, n.º 2, 1989, pp. 1-6; «Obedeciendo el mandato», en *Hermanos de la Sagrada Familia, 1889-1999. Publicación periódica*, Montevideo, año I, n.º 4, 1989, pp. 1-5.

⁸⁴ «Un gestor de la fundación. Fernando Dumoulin Varonne, amigo y bienhechor de los Hermanos», en *Hermanos de la Sagrada Familia, 1889-1999. Publicación periódica*, Montevideo, año I, n.º 7, 1989, pp. 10-12. Fernando Dumoulin Varonne (1838-1922) fue el más incansable promotor de la llegada de los Hermanos al Uruguay, y del desarrollo de su obra educativa. Recibió con entusiasmo en el puerto a cada grupo de nuevos religiosos que arribó a Uruguay, donó a la congregación la primera parcela de la granja de Progreso, en la que los Hermanos pasaban las vacaciones, y también donó el terreno para construir la iglesia de esa localidad. Fue fundador y activo protagonista en el Círculo Católico de Obreros de Montevideo.

a la fundación un último viaje del Sr. Dumoulin Varonne a Francia, en 1888, en el que portaba el pedido oficial de la Iglesia uruguaya y la posterior aceptación de las condiciones presentadas por los Hermanos, referidas a la estabilidad económica del establecimiento y a la instalación de un noviciado.

El 20 de febrero de 1889 se embarcaron en el puerto de Burdeos los primeros cuatro hermanos, acompañados de Dumoulin Varonne. A bordo de *La Nerthe*, llegarían a Montevideo un mes más tarde, el 20 de marzo.⁸⁵ Eran los Hnos. José Silvano, el superior del grupo, Dionisio, Víctor y Camilo.⁸⁶ El Hno. José Silvano Poncet tenía entonces 43 años, 25 de vida religiosa y una larga experiencia como maestro y director de escuelas, en las más variadas circunstancias. En algunos casos había tenido que desarrollar sus tareas, con tacto y con firmeza, en comunas anticlericales. Ya en Montevideo, los hermanos fueron alojados durante casi tres meses en el convento de los Padres Capuchinos, y pronto conocieron al P. Ignacio Bimbolino, párroco de la Aguada. En esta primera etapa, el estudio del idioma español fue el motivo de sus primeros y tenaces esfuerzos, y contaron en esta empresa con el apoyo de dos profesores seculares del colegio de los Padres Bayoneses.

En el mismo año 1889, en el mes de abril, se había reunido en Montevideo el primer Congreso Católico, que fue llamado «la asamblea constituyente del laicado católico».⁸⁷ Este congreso daría nacimiento a la Unión Católica del Uruguay, cuyo objetivo era organizar la acción de los laicos católicos en diversas áreas de la vida pública. El desarrollo de la educación católica fue uno de los puntos más destacados: se creó un comité a tal efecto y se planteó el objetivo de fundar quince nuevas escuelas en Montevideo y una escuela en cada ciudad o villa del país. Desde su misma llegada, los Hermanos de la Sagrada Familia fueron firmes colaboradores de esta política. Del mismo modo, la obra de los Hermanos contó con el apoyo del laicado católico uruguayo. A Fernando Dumoulin Varonne debemos sumar a Carlos Druillet, Jacinto Casaravilla, Mauricio Langón, Luis Pedro Lenguas, Eugenio O'Neill, Gregorio Legarra.

⁸⁵ «La partida», en *Hermanos de la Sagrada Familia, 1889-1999. Publicación periódica*, Montevideo, año I, n.º 7, 1989, pp. 1-5, y «América en el horizonte», en *Hermanos de la Sagrada Familia, 1889-1999. Publicación periódica*, Montevideo, Año I, n.º 8, 1989, pp. 1-4.

⁸⁶ La revista en *Hermanos de la Sagrada Familia, 1889-1999. Publicación periódica* contiene varios artículos dedicados a estudiar el perfil de cada uno de los fundadores, con frecuente transcripción de artículos periodísticos de la época. Destacamos: «Los primeros hermanos. Hno. José Silvano (1846-1923)» (n.º 5 y n.º 6); «Los primeros hermanos. Hermano Dionisio (1858-1939)» (n.º 2), «Los primeros hermanos. Hno. Víctor (1871-1937)» (n.º 4).

⁸⁷ Juan José Arteaga: «Una visión de la historia de la Iglesia en el Uruguay», en *La Iglesia en el Uruguay*, Montevideo, 1978, p. 23. El primer directorio de la Unión Católica estuvo integrado por: Joaquín Requena, Mariano Soler, Francisco Bauzá, Juan Zorrilla de San Martín y Carlos A. Berro.

En mayo de 1889, los Hermanos de la Sagrada Familia se instalaron en su primera casa en el barrio de la Aguada, casa que había pertenecido al Gral. Lorenzo Batlle, en la esquina de Yaguarón y Lima. Por iniciativa de Mons. Luquese también comenzó a actuar la Comisión de Damas que apoyaría la instalación de la comunidad y del colegio.⁸⁸ El 1.º de julio del mismo año abrió sus puertas el Colegio Sagrada Familia.⁸⁹ Los siete niños del primer día de clase eran 88 al terminar el año lectivo. En 1890 se iniciaron las mudanzas, siempre en procura de un local más espacioso,⁹⁰ y comenzaron a llegar nuevos grupos de hermanos, cuatro en enero, tres más en agosto, catorce en los cuatro años que siguieron.⁹¹ En 1891 se iniciaron las fundaciones de nuevos colegios, en San José, Rocha —que cerró en 1894—, Salto, Montevideo —algunos de ellos también cerraron—, hasta la primera fundación en Tandil, Argentina, en 1908. Al creciente número de religiosos, estudiantes y colegios debe agregarse el valioso aporte didáctico realizado por el instituto de la Sagrada Familia a través de la preparación de textos escolares en diversas disciplinas, que fueron ampliamente usados en instituciones públicas y privadas del país durante más de cincuenta años.

Los *Hermanos de San José* también llegaron a Uruguay a fines de 1888, y a ellos se sumaron las *Hermanitas de San José* en 1890. Venían a poner en práctica un ambicioso proyecto: el establecimiento de la primera escuela agrícola del país. Tal idea se concretó con la fundación de la Escuela Agrícola de San José del Manga.

En 1878, en Roma, más concretamente en la abadía trapense de San Pablo de las Tres Fontanas (*Abbazia delle Tre Fontane*), levantada en el sitio de martirio de san Pablo, se produjo un casual y, para el futuro, provechoso

⁸⁸ «Primero de julio de 1889», en *Hermanos de la Sagrada Familia, 1889-1999. Publicación periódica*, Montevideo, año I, n.º 9, 1989, pp. 1-5. La citada comisión estaba integrada por Dorotea del Campo de Piñeyro, Ana Algorta de Mañé, María Qyerza de Buxareo Oribe, Antonia Veiga de Lenguas, Petrona Cibils de Jackson, Sofía Jackson de Buxareo, Clara Jackson de Heber, Josefa Aguirre de Sheppard, Elena Heber de Gallinal, Lola Carve de Urioste, Juana Lessa y Lola Fernández Algorta.

⁸⁹ «La espera y el comienzo», en *Hermanos de la Sagrada Familia, 1889-1999. Publicación periódica*, Montevideo, año I, n.º 10, 1989, pp. 1-5.

⁹⁰ De la casa de Yaguarón y Lima, los Hermanos pasaron a la esquina de Lima y Piedra Alta, entonces Piedad (marzo de 1890), y de allí a Agraciada 215 (enero de 1891), edificio que funcionó hasta 1963. En la esquina de Agraciada y Lima se construiría el edificio definitivo.

⁹¹ En enero de 1890 llegaron los Hnos. Arsenio, Vicente, Blas y Romualdo. La llegada del Hno. Arsenio dio un gran impulso a los cursos de francés en el colegio. En el mes de agosto del mismo año se sumaron los Hnos. Augusto, Arístides y Francisco. Un numeroso grupo arribó en noviembre de 1891: los Hnos. Luis Regottaz, Próspero, Damián, Masceno, Gil y Evaristo; otro en noviembre de 1892: Rodolfo, Martín y Wilfredo. En 1894, en enero y noviembre se agregaron los Hnos. Alfredo y Teódulo, y Nicolás, León y Frumencio. Archivo de los Hermanos de la Sagrada Familia, Montevideo.

encuentro entre dos visitantes. Se trataba del P. Pedro Donat, superior de la Sociedad de San José que dirigía la colonia agrícola de Cîteaux, en Francia, y el Sr. Félix Buxareo, «un rico americano, que había llegado a Europa con la intención de buscar una Comunidad religiosa que consintiera en fundar en su patria, en Montevideo, una *Colonia agrícola*, donde los niños de su país fueran educados en los principios cristianos y formados para la agricultura». ⁹² El superior de la abadía presentó a los dos personajes; Buxareo transmitió al P. Donat un panorama halagüeño de su país y de sus proyectos, pero el sacerdote francés sólo pudo responder dándole muy vagas esperanzas. También en esa ocasión el P. Donat conoció en Roma al P. Alfredo Dulong y al P. Augusto Etchécopar, superior general de los Padres de Betharram. En 1882, a su regreso a Montevideo, donde integraba la comunidad de los Padres Bayoneses, el P. Dulong escribió al P. Donat, a pedido esta vez de Juan Dámaso Jackson, para solicitarle una fundación de su congregación en Uruguay. La respuesta volvió a ser negativa, dadas las dificultades por las que la obra pasaba en Francia. ⁹³

En setiembre de 1888, Juan Jackson volvió a insistir en su propuesta, siempre a través del P. Dulong. Se trataba del establecimiento de una institución agrícola en Uruguay, que diera protección y educación cristiana a los jóvenes sin recursos. Para ello solicitaba al P. Donat que enviara un delegado que pudiera estudiar en el lugar las posibilidades de la obra en cuestión, y le ofrecía el financiamiento de ese viaje. Por otra parte, el obispo de Montevideo, Mons. Yéregui, aprobaba calurosamente la propuesta. ⁹⁴ Esta vez la respuesta fue positiva. El P. Robert, enviado de Cîteaux, llegó a Montevideo el 25 de diciembre del mismo año, con una lista de cuestiones y condiciones para el establecimiento de la obra. Ante el apoyo obtenido, el P. Donat envió, en febrero de 1889, el proyecto a realizar: un asilo, a cargo de las Hermanitas de San José, en el que se recibiría a niños menores de siete años; una escuela primaria, también supervisada por las Hermanas, para niños menores de diez años; y una escuela, dirigida por los Hermanos, orientada al aprendizaje de la agricultura o de un oficio. ⁹⁵

⁹² R. P. D. [Pierre Donat]: o. cit., p. 49. Agradecemos al Arq. Jorge Terra el conocimiento de este libro.

⁹³ *Ibidem*, p. 9.

⁹⁴ Carta del P. Alfred Dulong al P. Pierre Donat, Montevideo, 6 de setiembre de 1888; carta del P. A. Dulong al P. Donat, Montevideo, 15 de setiembre de 1888; carta de Inocencio-María Yéregui, obispo de Montevideo, a Juan D. Jackson, Montevideo, 19 de setiembre de 1888, cit. en: R. P. D. [Pierre Donat]: o. cit., pp. 9-15.

⁹⁵ Carta del P. Donat a Juan D. Jackson, Montevideo, 3 de febrero de 1889, cit. *ibidem*, pp. 182-183; «Colegio de San José del Manga. Programa del establecimiento», en *El Bien*, Montevideo, 5 de marzo de 1893.

A mediados de 1889, el P. Robert y los primeros Hermanos se instalaron en la quinta de la familia Jackson, en el Manga, y comenzaron los trabajos.⁹⁶ En octubre de 1890, el P. Pedro Donat, superior del Instituto, viajó a Montevideo con el primer grupo de Hermanitas de San José. Un mes antes habían ingresado los primeros siete alumnos, y se esperaba el regreso de campaña del Sr. Jackson, con nuevos candidatos.⁹⁷ Muchas esperanzas se habían depositado en este proyecto, que representaba una propuesta innovadora para el país. En el futuro, la obra alcanzaría un significativo desarrollo, pero sin el concurso de la Sociedad de San José.

Las dificultades que la congregación enfrentó en Francia a partir de 1888, que condujeron a su disolución en ese país,⁹⁸ la muerte de Juan D. Jackson en 1891, el reducido número de alumnos y la escasez de recursos humanos debilitaron la presencia de la Sociedad de San José en Uruguay. En su testamento, don Juan D. Jackson dejaba a «los hermanos de San José establecidos en el Manga» el producto de la venta de «un campo denominado Zapata en el departamento de Treinta y Tres», para la edificación de la capilla dedicada a San José. Sin embargo, en diciembre de 1893, los albaceas del difunto declaraban no haber podido dar cumplimiento a la voluntad de Jackson, «porque los dignos sacerdotes a cuyo cargo estaba la dirección del establecimiento en el Manga se han retirado para Europa con excepción de uno solo que permanece allí, y con quien he tenido varias conversaciones que me han inspirado la plena convicción que no tiene personería para representar la Sociedad, hecho que él mismo reconoce».⁹⁹

En 1893 los Hermanos de San José dejaron la dirección de la Escuela de San José del Manga, que en 1897 sería entregada a los Padres Salesianos y se transformaría en la Escuela Agrícola Jackson.¹⁰⁰ Las Hermanas de San

⁹⁶ R. P. D. [Pierre Donat]: o. cit., p. 75.

⁹⁷ *Ibidem*, pp. 78-79.

⁹⁸ En junio de 1888, un escándalo estalló en Cîteaux como consecuencia de las denuncias de un joven alumno que había huido de la colonia. El problema estimuló el desarrollo de una fuerte campaña anticlerical que culminó, en setiembre, con la abolición del decreto de utilidad pública de la asociación religiosa de los Hermanos de San José. Las apelaciones fueron rechazadas en 1892. Cîteaux funcionó como orfanato hasta que los últimos sacerdotes, ancianos y aislados, cedieron la propiedad a los trapenses. La rama femenina de la Sociedad sobrevivió, se estableció en Montgay, cerca de Lyon, en 1919 adoptó el nombre de *Petites Soeurs de Saint-Joseph de Montgay* y extendió su obra en América Latina. Baratay: París, 1996, pp. 192-193.

⁹⁹ Archivo General de la Nación. Archivo Judicial. Civil 3.º, año 1893. Testamentaria de Juan D. Jackson. Incidente sobre ventas de campos, 22 de abril de 1893, libro 6, f. 416; nota de J. G. Ingouville e Hipólito Gallinal al juez letrado de lo civil, 4 de diciembre de 1893, ff. 52, 52 *bis* y 53.

¹⁰⁰ Ante la partida de los Hermanos de San José, Mons. Soler ofreció la obra al P. José Gamba, sucesor de Mons. Lasagna como inspector salesiano. En 1897, cuatro religiosos bajo la

José permanecieron en el Manga¹⁰¹ y tuvieron una escuela para niñas en la zona. Se instalaron más tarde en el departamento de Tacuarembó, en San Gregorio de Polanco. Actualmente la congregación no tiene obras en Uruguay.

En 1890 llegó a Uruguay la última congregación francesa que lo hizo en el siglo XIX, las *Hermanas de San José de Saint Jean de Maurienne*, mal llamadas de Chambéry.¹⁰² Seis religiosas francesas, encabezadas por la madre Felicia y provenientes de la comunidad josefina de Saint Jean de Maurienne, llegaron a la Argentina en 1882. Se establecieron en San Jerónimo Norte, en la provincia de Santa Fe, y con el apoyo de Mons. Gelabert, obispo de Paraná, y de familias influyentes de la zona, se dedicaron a la educación y a la evangelización de las niñas de las colonias suizas y alemanas. Desde San Jerónimo, la congregación se expandió rápidamente hacia la arquidiócesis de Buenos Aires y las diócesis de La Plata, Santa Fe y Paraná. La primera fundación en Uruguay tuvo lugar en villa Progreso, hoy Fray Bentos. En 1889, la Sra. Francisca Isasa de Ponce de León se dirigió a la madre Felicia solicitando la instalación de una comunidad de Hermanas de San José en la ciudad, para fundar un colegio. En marzo de 1890, con el respaldo del cura párroco de Fray Bentos, el P. Antonio Echeverría, y de un grupo importante de laicos, llegaron a la ciudad las tres primeras religiosas: la madre Inocencia y las hermanas Angélica y María de los Ángeles. En el Colegio San José, las clases se iniciaron el 2 de abril de 1889, con doce alumnas.¹⁰³

La fundación de Montevideo, realizada seis años más tarde, tuvo un origen diferente. En 1894, en ocasión de un viaje a Europa, Clara Jackson de Heber y Sofía Jackson de Buxareo conocieron la obra de las Hermanas de San José de Chambéry en Francia, quedaron admiradas de los métodos de enseñanza utilizados y de las labores realizadas por las alumnas, y se propusieron promover la instalación de las Hermanas en Montevideo. Ya en Uruguay, iniciaron gestiones ante la madre Leontina, superiora interina de la congregación, ya autónoma en la Argentina, y ante Mons. Federico Aneiros, arzobispo de Buenos Aires. La propuesta de la familia Jackson fue aprobada, y el 11 de febrero de 1896 llegaron a Montevideo las cuatro religiosas que fundarían el Colegio Santa Clara en el Cerro. Eran la madre Inés de Jesús y

¹⁰¹ *Visita ad limina de Mons. Mariano Soler a Roma*, Montevideo, 1896, f. 21. Archivo Curia Eclesiástica, serie Obispado, Mons. Mariano Soler, carpeta 1885-1896.

¹⁰² En el informe de la visita *ad limina* de Mons. Soler, de 1896, figuran las Hermanas de San José de Chanvery o Chauvery (*sic*), clara deformación de Chambéry. *Ibidem*, f. 68.

¹⁰³ A la Sra. Francisca Isasa de Ponce de León deben sumarse los nombres que siguen: Guillermo Lawlor, Guillermo Morgan, Margarita Morgan, Sofía Jackson de Buxareo, Jaime Nadal, y Flora de Young. *Reverenda Madre María Felicia de San José, fundadora y primera superiora general de las Religiosas de San José en la Argentina. 1882-1904*, Buenos Aires, 1960, pp. 48-52.

las hermanas Elena, Celestina y Esperanza, las dos primeras originarias de Saboya. La familia Jackson donó el edificio y todo el amoblamiento del colegio, y fue el apoyo principal de la comunidad religiosa. A la obra educativa, las hermanas sumaron la visita a los pobres y enfermos.¹⁰⁴ Las crónicas de la casa aluden a la gran prudencia que debieron aplicar las hermanas en todas sus tareas, pues la población del barrio se encontraba profundamente dividida por razones políticas y exaltada por las últimas guerras civiles.

Luego de haber acompañado la llegada y la evolución de ocho congregaciones francesas que se instalaron a partir de la segunda mitad del siglo XIX en Uruguay, las que dedicaron a la educación la mayor parte de sus esfuerzos, es el momento de detectar los elementos que aparecen como constantes en este proceso, y también los que han transformado a algunas de estas historias en experiencias excepcionales.

En primer lugar, interesa detenerse en *el llamado que motivó la llegada* de cada una de estas congregaciones. En ningún caso se trató de una llegada espontánea o casual, si bien los acontecimientos que ocasionaron el llamado pueden haber sido más o menos singulares o sorprendentes. En casi todos los casos hubo un *pedido expreso de las autoridades eclesiásticas*, aunque éste haya supuesto *siempre un intermediario* que destacara la contribución que la nueva congregación representaría para la Iglesia uruguaya. Los Padres Bayoneses se instalaron en el país respondiendo a un llamado de Mons. Vera, las Hermanas Vicentinas lo hicieron luego de largas negociaciones con Mons. Estrázulas. La intervención de Mons. Yéregui fue decisiva para que la Sociedad de San José y los Hermanos de la Sagrada Familia optaran por iniciar obras en Uruguay. Si bien el pedido expreso de la jerarquía fue el punto de culminación de cualquier tipo de gestión, éstas fueron promovidas por protagonistas diversos: otros religiosos —los Padres Bayoneses fueron llamados a pedido del trapense Paulino Sarraute, las Hermanas Dominicas viajaron motivadas por la acción y los argumentos del P. Francisco Laphitz—, laicos católicos de mucha iniciativa y de peso económico —las hermanas García de Zúñiga en el caso de las Hermanas Salesas, Juan D. Jackson y Félix Buxareo en el caso de la Sociedad de San José, y Fernando Dumoulin Varonne en el caso de los Hermanos de la Sagrada Familia, la Sra. Isasa de Ponce de León y las hermanas Jackson en relación con las Hermanas de San José—, colectividades nacionales o regionales —es innegable el concurso que la comunidad vasco-bearnesa prestó a la obra de los Padres Bayoneses.

Por otra parte, debe destacarse que siempre existió *un tiempo de meditación* y de preparación de las fundaciones antes del viaje de cualquiera de las congregaciones. Es también innegable que una vez tomada la decisión, una

¹⁰⁴ *Ibidem*, pp. 89-95.

vez iniciada la obra, lo que primó fueron *la fe y la audacia*. Exceptuando a los Padres Bayoneses, que estaban en Buenos Aires desde 1856 y ya conocían la República Oriental, las demás congregaciones se tomaron de dos a diez años para concretar sus respuestas. Fueron rápidas las gestiones y casi inmediata la aceptación de las Hermanas Dominicas y de los Hermanos de la Sagrada Familia, congregaciones que iniciaban en Uruguay su obra misionera. Contrastan con los cinco años de negativas de las Hermanas Vicentinas o los diez años que se tomaron los Hermanos de San José. En el primer caso, se trataba de una fundación más que centenaria y experimentada, con numerosas compromisos apostólicos, que trataba con prudencia la asunción de nuevas obras. En cuanto a los Hermanos de San José, por el contrario, se trataba de una pequeña congregación laical, con capacidad de respuesta limitada. ¡Qué decir de los cuarenta años de preparación que exigió la fundación del monasterio de la Visitación!

En casi todos los casos, el objetivo de la llegada a Uruguay fue *la promoción de obras educativas*, si bien se manifestaron matices relacionados con los diferentes carismas religiosos y con los tiempos históricos de cada venida. Los Padres Bayoneses desarrollaron tareas de asistencia espiritual y de predicación, durante seis años, antes de fundar el Colegio de la Inmaculada Concepción; las Vicentinas destinaron dos años al trabajo en el Asilo de Mendigos antes de abrir la escuela gratuita de la Unión, si bien hay que tener en cuenta que llegaron a un país en plena guerra civil. En contraste, tanto las Hermanas Dominicas como los Hermanos de la Sagrada Familia fundaron en muy corto plazo sus colegios. ¿Por qué? Eran congregaciones con amplia experiencia educativa en Francia, que contaron con más recursos humanos y que vinieron con el objetivo expreso de promover la educación cristiana entre los niños uruguayos. Los Hermanos de la Sagrada Familia, que llegaron en 1889, eran la primera congregación educadora francesa que arribaba a Uruguay después de la reforma vareliana, y contaron con el inmediato respaldo del primer Congreso Católico. Es preciso poner de relieve que desde 1876, año del Decreto-ley de Educación Común, habían llegado al país tres grupos de Padres Salesianos —entre 1876 y 1879— y las Hijas de María Auxiliadora; en 1879 había comenzado a funcionar el Colegio de los Padres Jesuitas; en 1884 fue fundado el Instituto Pedagógico con el tenaz impulso de Francisco Bauzá; y a partir del mismo año 1889 llegaron otras congregaciones educadoras o que se dedicarían a la educación: los Padres Palotinos, las Hermanas Alemanas, las Hermanas Adoratrices, las Hermanas Teresas, las Hermanas de la Misericordia, las Hermanas Terciarias Capuchinas y las Hermanas del Sagrado Corazón, ya en el siglo XX.

Es bastante evidente, pero el punto debe ser destacado, que las congregaciones contaron con *apoyos valiosos* y también tuvieron que enfrentar

serias dificultades, comunes en algunos casos, más puntuales en otros. Si bien no encontraron una Iglesia ni poderosa ni rica que pudiera respaldarlos, siempre fue declarado el apoyo de la jerarquía y siempre existió un grupo de laicos generosos y comprometidos con las obras que se iniciaban. Los Padres Bayoneses contaron con la donación del terreno que sería destinado a la iglesia de la Inmaculada Concepción, de los descendientes de Manuel José da Costa Guimarães, y con el apoyo de la colectividad vascofrancesa y bearnesa de Montevideo.¹⁰⁵ Las Hermanas Vicentinas tuvieron el apoyo de la familia Jackson y de la Conferencia de Señoras de San Vicente de Paul, para el mantenimiento de dos de sus obras.¹⁰⁶ Las Hermanas Domínicas fueron respaldadas por la familia Jackson, a la que se deben los dos primeros colegios de la congregación, y por otras familias: Heber, Martínez, Caprario, Petit.¹⁰⁷ Para los Hermanos de la Sagrada Familia, el apoyo de Dumoulin Varonne y de la Comisión de Señoras que respaldó su instalación fue decisivo,¹⁰⁸ como lo fue el respaldo de Juan Jackson y de Félix Buxareo para la Sociedad de San José.¹⁰⁹ También se debe a la familia Jackson la llegada de las Hermanas de San José de Chambéry y su instalación en el Cerro. Por todo lo dicho, merece un estudio especial el papel cumplido por todos los integrantes de la familia Jackson —don Juan Dámaso, sus hermanas Clara, Sofía y Elena, su tía Josefa Errazquin— en la afirmación de las obras de la Iglesia uruguaya en el siglo XIX.¹¹⁰

Junto con las contribuciones materiales, debe concederse el valor que corresponde a los apoyos espirituales, a la compañía y a la amistad que dio estímulo a las obras. Hay que referirse necesariamente al socorro que las familias religiosas se prestaron unas a otras, y en esto no contaron las nacionalidades. Las primeras Hermanas Domínicas sintieron cercana la guía espiritual de los Padres Bayoneses y la solidaridad de las Hermanas del Huerto y de las Monjas Salesas; los Hermanos de la Sagrada Familia encontraron las puertas abiertas del convento de los Padres Capuchinos y la buena disposición de los profesores de español de los Padres Bayoneses; las Hermanitas

¹⁰⁵ Notas manuscritas sobre el acta de concesión del terreno y colocación de piedra fundamental del templo. Archivo de los Padres Betharramitas, Montevideo.

¹⁰⁶ *Visita ad limina de Mons. Inocencio M.^a Yéregui a Roma*, o. cit., f. 15; *Visita ad limina de Mons. Mariano Soler a Roma*, o. cit., f. 23.

¹⁰⁷ *Cinquantenaire de la venue des Soeurs Dominicaines à Montévidéo*, o. cit.; *Las dominicas...*, o. cit., p. 317-330.

¹⁰⁸ Véanse las notas 47 y 51.

¹⁰⁹ R. P. D. [Pierre Donat]: o. cit., numerosas citas.

¹¹⁰ Véase Julio Fernández Techera SJ: «La familia Jackson», en *Ex alumnos. Revista de la Asociación de Ex alumnos Jesuitas del Uruguay (Antiqui Societatis Iesu Alumni)*, Montevideo, año 3, n.º 3, pp. 11-13.

de San José fueron recibidas por las Hermanas Vicentinas y los Hermanos por los Padres Bayoneses, siempre hospitalarios, y por los Padres Palotinos, quienes alojaron a su adelantado, el P. Robert, en la Iglesia de Nuestra Señora de Lourdes.

No faltaron, sin embargo, las dificultades. Fue necesario aprender otra lengua; había que adaptarse a otra mentalidad; las obras solicitadas no respondían siempre a la vocación propia de las congregaciones; fallaba la perseverancia y se perdían brazos cristianos para el trabajo; el cansancio y a menudo el desánimo serían tan fuertes como lo son con frecuencia entre nosotros. Solo citaremos dos ejemplos, uno relacionado con el idioma, el otro con la mentalidad. En cuanto al idioma, se relata que los Hermanos de la Sagrada Familia, desde su llegada al Uruguay, se obligaron a hablar solo en español, incluso entre ellos, para aprender más rápido la nueva lengua,¹¹¹ aunque seguramente sus corazones sufrían en francés. En cuanto a la mentalidad y las costumbres, según el testimonio del P. Donat, las Hermanitas de San José parecían compartir la opinión, no muy elogiosa, de las Hermanas Vicentinas sobre el ritmo de trabajo de las mujeres e incluso de las religiosas uruguayas. Escribía el P. Donat: «Parece que aquí se trata a las señoras como un objeto de lujo. Incluso en las comunidades religiosas, según parece, las orientales proceden en todo con solemne lentitud, y se necesitan tres orientales para hacer el trabajo de una francesa. Esto se lo dijo a nuestras Hermanas la Superiora del Asilo de la Unión, en cuya casa se alojaron cuando llegaron». ¹¹² No se entenderían siempre bien las criollas y las francesas.

A pesar de los obstáculos mayores y menores, en la mayoría de los casos *la integración de las congregaciones francesas en la sociedad uruguaya* se produjo de manera natural, y a veces de manera muy rápida. Un buen índice para el análisis de este punto es el que se refiere a las vocaciones religiosas, que en algunos casos fueron inmediatas y numerosas. Si bien los auxilios franceses —y, ya en el siglo XX, de otras nacionalidades— siguieron siendo necesarios, Vicentinas, Domínicas, Hermanos de la Sagrada Familia contaron con *vocaciones uruguayas* e instalaron muy pronto los noviciados en el país.

Todo lo expuesto conduce a poner de relieve *la presencia estable de las congregaciones francesas*, hasta nuestros días. Con la sola excepción de los Hermanos de San José, congregación que fue disuelta en su país de origen, las fundaciones del siglo XIX, incluso las que llegaron en el siglo XX, se mantuvieron en el Uruguay. La evolución y las crisis sufridas en el siglo XX no son

¹¹¹ «Los primeros hermanos. Hno. José Silvano», en *Hermanos de la Sagrada Familia, 1889-1999. Publicación periódica*, Montevideo, año I, n.º 5, 1989, p. 11.

¹¹² R. P. D. [Pierre Donat]: o. cit., p. 109.

tema de este estudio. Como prueba pueden citarse documentos oficiales de la Iglesia uruguaya. En el *Informe de la visita ad limina de Mons. Yéregui*, de 1888, aparecen nombradas tres congregaciones educadoras francesas: «la Congregación de Sacerdotes seculares del Sagrado Corazón de Jesús», es decir, los Padres Betharramitas (un colegio y 170 alumnos); «las Hermanas de Caridad de San Vicente de Paul» (tres escuelas y 917 alumnas); las «Hermanas de Caridad Terciarias Dominicas» (dos colegios en Montevideo, con 157 alumnas, y uno en Treinta y Tres, con 55).¹¹³ En el *Informe de la visita ad limina de Mons. Soler*, de 1896, se mantienen las congregaciones antes citadas, «los Padres Lazaristas» asumen un colegio parroquial y se suman «los Hermanos de la Sagrada Familia» (dos colegios en Montevideo y dos en campaña; con 515 alumnos), las «Hermanas de San José del Manga» (un colegio cerca de la capital, con 50 alumnas) y «las Hermanas de San José de Chambéry» (un colegio en la villa del Cerro y otro en Fray Bentos, este último con 96 alumnas).¹¹⁴

Algunas conclusiones

Una vez presentadas las circunstancias de origen, los perfiles de fundación y el desarrollo en la propia Francia de las congregaciones que motivan este estudio, se analizaron las circunstancias de su llegada al Uruguay y los elementos que se pueden considerar como constantes de este proceso de trasplante de los institutos franceses. Para terminar, es el momento de reflexionar sobre el significado de la llegada y del establecimiento de estas congregaciones, en relación con su presencia educadora, con la presencia cultural francesa que representaron y, finalmente, con su presencia evangelizadora.

En tanto *presencia educadora*, la llegada de las congregaciones católicas, cualquiera fuera su origen, representó una opción o diversas opciones educativas, que afirmaron el principio constitucional de la libertad de enseñanza y dieron vida a esta libertad como valor. Para el desarrollo de la enseñanza cristiana católica, el concurso de las congregaciones religiosas fue vital, y representó una opción de propuesta educativa para las familias.

Esta presencia debe valorarse en cantidad y en calidad. Lo primero es más sencillo, pues se trata de ofrecer cifras. Según los datos que recogemos en los *Anales históricos del Uruguay* de Eduardo Acevedo, en 1887, unos diez años después de aprobada la reforma escolar, había en Uruguay 366 escuelas públicas (45%), con 30 572 alumnos (58%), y 441 escuelas privadas (55%),

¹¹³ *Visita ad limina de Mons. Inocencio M.^a Yéregui a Roma*, o. cit., ff. 16-24 y 27-42.

¹¹⁴ *Visita ad limina de Mons. Mariano Soler a Roma*, o. cit., ff. 26-35 y 59-68.

con 21 810 alumnos (42%), de las cuales 74 eran católicas, con 8 144 alumnos. Sobre un total de 52 382 alumnos, los de las escuelas católicas representaban pues el 16%.¹¹⁵ En ese número, los alumnos de escuelas de congregaciones francesas eran 1 444, un 18%.¹¹⁶ La llegada de nuevas congregaciones aumentó ese porcentaje al 28% del alumnado de los colegios católicos (2 051, sobre un total de 7 407 alumnos) para fines el siglo XIX.¹¹⁷ El alumnado que atrajeron los colegios de los Hermanos de la Sagrada Familia fue decisivo para llegar a esta cifra en 1896. Debe destacarse también que había crecido el número de los colegios en el interior: colegios de la Sagrada Familia en San José y Salto, y colegio de las Hermanas de San José llamadas de Chambéry en Fray Bentos. A las puertas del siglo XX, los colegios de religiosos franceses reunían más de un cuarto del alumnado de la educación católica.

En cuanto a la calidad, interesa destacar que la oferta educativa de estos colegios fue amplia y variada, dirigida a sectores diversos de la capital y del interior. La mayoría recibió alumnos provenientes de las crecientes clases medias; este fue el caso de las obras de la Sagrada Familia. Otros, en determinadas etapas de su historia, recibieron alumnos de la burguesía católica. Se puede citar como ejemplo el colegio de los Padres Bayoneses, antes de que apareciera la competencia de los Padres Jesuitas, o los colegios de las Hermanas Dominicas, antes de que entrara en escena la Sociedad del Sagrado Corazón. Por otra parte, por su propio carisma y por la orientación que dieron a sus fundaciones, los colegios de las Hermanas Vicentinas recibieron un alumnado proveniente en su mayoría de sectores medios y medios bajos. La propuesta educativa de los colegios, el plan de estudios, tenía una base común, que los obispos describían como sigue:

El *ratio studiorum* de las escuelas católica es el siguiente:

Los colegios que se designan como Liceos, comprenden en sus Programas todas las materias de que consta el Bachillerato en Ciencias y Letras, a saber: Latín, Retórica y Literatura, Geografía física, política y descriptiva, Historia Universal y Americana, Cosmografía, Matemáticas, Filosofía, Física, Química, Historia Natural, Fundamentos de la Religión e Idiomas.

Las que se designan como Escuelas Primarias de varones comprenden en sus programas: Lectura, Gramática Castellana, Escritura, Geografía, Historia de la República, Aritmética, cálculos mentales, problemas, etc.

¹¹⁵ Eduardo Acevedo: *Anales históricos del Uruguay*, Montevideo, 1934, t. IV (1876-1894), p. 458.

¹¹⁶ *Visita ad limina de Mons. Inocencio M.^a Yéregui a Roma*, o. cit., ff. 16-24.

¹¹⁷ *Visita ad limina de Mons. Mariano Soler a Roma*, o. cit., ff. 26-35.

Elementos de ciencias naturales y físicas, ejercicios gimnásticos, etc. Para las escuelas de niñas se usan los mismos programas, aumentados con la enseñanza de la costura, bordados, dibujo, música, etc.¹¹⁸

Es indudable, sin embargo, que la enseñanza ofrecida suponía diversos niveles de calidad, que dependieron de la tradición educadora de las congregaciones, del reclutamiento de los religiosos o religiosas, del alumnado que recibían, de su propia historia en el país. Lo que es seguro, también, es que en los institutos católicos de origen francés surgieron *propuestas innovadoras* para la educación uruguaya. Sin desconocer los antecedentes jesuitas en esta área, deben destacarse los cursos comerciales organizados por los Padres Bayoneses primero y por los Hermanos de la Sagrada Familia más adelante, que constituyeron una propuesta definida frente a las necesidades de calificación laboral de la época y que tuvieron una amplia aceptación en la sociedad uruguaya. La preparación en matemáticas, teneduría de libros e idioma francés tenía como objetivo el acceder al empleo en las casas de comercio, y representó por décadas la parte principal de la Sagrada Familia. En el mismo sentido, debe citarse el proyecto de escuela agrícola, el primero del país, encargado a la Sociedad de San José, congregación que tenía una vasta y exitosa experiencia en esta área en Francia, y que sin embargo no echó raíces en el Uruguay. Finalmente, merece una especial mención la contribución que los religiosos de la Sagrada Familia realizaron en la elaboración y publicación de textos de estudio, de manuales, para los cursos primarios, medios y comerciales. Si bien los libros del Hno. Damasceno, en las áreas de historia, geografía, gramática castellana y religión o doctrina cristiana, podrían restar brillo a todos los demás trabajos, sería injusto olvidar las obras del Hno. Arsenio (Pedro Martín, en aritmética), del Hno. Gerásimo (Gerásimo Christaud, en francés), del Hno. Marcial (Eduardo Manillier, en álgebra o caligrafía).¹¹⁹

En estrecha relación con la presencia educadora, debe destacarse la influencia de las congregaciones estudiadas como *presencia cultural francesa* en el Uruguay. Ya se ha señalado que la mayor parte de las congregaciones religiosas llegadas al Uruguay desde mediados del siglo XIX provinieron de Francia y de Italia. En 1896, de siete congregaciones masculinas que residían en Uruguay, tres eran de origen francés (Padres Bayoneses, Padres

¹¹⁸ *Ibidem*, ff. 35 y 36; *Visita ad limina de Mons. Inocencio M.^a Yéregui a Roma*, o. cit., f. 24. Con pequeñas variantes, se reitera el mismo texto. Los avisos publicados en *El Bien*, en la década de 1890, repiten la misma propuesta.

¹¹⁹ Hno. Victorino Izquierdo: «Aporte pedagógico de los Hermanos a la cultura uruguaya», en *Publicación de la Provincia de San José, Hermanos de la Sagrada Familia*, Montevideo, año XXIX, n.º 107, abril 2001, pp. 22-26.

Lazaristas, Hermanos de la Sagrada Familia); de doce congregaciones femeninas, seis eran francesas (Orden de la Visitación, Hermanas del Buen Pastor, Hermanas Vicentinas, Hermanas Domínicas de Albi, Hermanas de San José de Montgay y Hermanas de San José de Chambéry). En el marco de un fuerte embate cultural francés en toda América Latina, y también en el Río de la Plata, debe destacarse el papel de transmisores de cultura que desempeñaron todos estos religiosos. Los ejemplos son innumerables, y las influencias en algunos casos son aún palpables, ya no se sabe por cuánto tiempo.

La enseñanza del francés y la difusión de la cultura francesa distinguieron a todos los colegios fundados a partir de 1867. En el de la Inmaculada Concepción, de los Padres Bayoneses, las primeras generaciones de alumnos recordaban que el francés se enseñaba con tanta intensidad, que en algunos recreos los pequeños uruguayos tenían prohibido hablar en español.¹²⁰ Ya se ha mencionado que el P. Souberbielle, su primer director, fue el profesor de francés en los cursos del Bachillerato de Letras del Liceo de Estudios Universitarios, punto de partida de la Universidad Libre o Católica fundada en 1882.¹²¹ En cuanto a las Hermanas Domínicas, habiendo llegado el segundo grupo de religiosas en noviembre de 1874, y todavía instaladas en su primera casa, anunciaron para el 15 de enero de 1875 el comienzo de las clases de francés. Estos cursos y la educación religiosa que la obra ofrecía atrajeron a las alumnas de los sectores más acomodados, comenzando por las hijas de las familias que protegieron a las hermanas a su llegada.¹²²

En la década siguiente, los Hermanos de la Sagrada Familia y los Hermanos de San José dieron también especial importancia a la enseñanza del francés. Por un lado, existía clara conciencia de que era imprescindible para los religiosos franceses aprender bien el castellano, y, por otra parte, todos insistieron en el riguroso estudio del francés. El trabajo desarrollado por el Hno. Arsenio, Pedro Martín, al frente desde 1890 de las clases de francés del Curso Comercial de la Sagrada Familia, le valió el sobrenombre de *el Padre Francés*. En el *Programa de estudios* del Curso Comercial de la Sagrada Familia, podía leerse: «En todo el Curso Comercial, la base de la enseñanza es el Francés, que los alumnos deben hablar en todas las ocasiones, hasta en los recreos».¹²³ También el superior de la Sociedad de San José, el P. Donat,

¹²⁰ Sociedad de Ex alumnos del Colegio-Liceo de la Inmaculada Concepción: o. cit., 1940, p. 10.

¹²¹ Programa de los Exámenes Públicos del Liceo Universitario, curso académico 1879. Montevideo, 1879, p. 106.

¹²² *Las Domínicas...*, o. cit., pp. 333-335.

¹²³ Reglamento del Colegio Sagrada Familia. Programa de Estudios, Montevideo, 1914, cit. en «1914. Bodas de Plata-25 años del Colegio Sagrada Familia», en *Hermanos de la Sagrada Familia, 1889-1999. Publicación periódica*, Montevideo, año I, n.º12, 1989, p. 14.

aun cuando el objetivo de su obra era formar agricultores y obreros, insistía en la necesidad de aprender francés, para comunicarse mejor con los hermanos que dirigían la escuela y para poder eventualmente intercambiar correspondencia con los niños de Cîteaux.¹²⁴

Para el final se ha dejado el aspecto que las congregaciones más destacaban en sus propios documentos: *la presencia evangelizadora*. La formación cristiana de la infancia uruguaya fue el motor que promovió el llamado a las congregaciones por las autoridades eclesiásticas, y el viaje de estas desde diferentes puntos de Francia. Así lo expresaron sucesivamente los obispos uruguayos Yéregui y Soler:

La educación e instrucción esencialmente católicas ha sido siempre la suprema aspiración del prelado diocesano y de los católicos fervorosos que se proponen conservar esta nación en el seno de Nuestra Santa Madre Iglesia y en la profesión de la fe de Nuestro Señor Jesucristo.

Reconociendo que la base fundamental de ese edificio social religioso es la educación de la niñez de ambos sexos, el prelado, con la cooperación de los fieles, se ven en la precisión de arrostrar grandes sacrificios pecuniarios y de llevar una abierta lucha de propaganda contra la enseñanza del estado y la difusión de las doctrinas ateas, racionalistas y positivistas de los impíos y de las logias masónicas que, como en todas las partes del mundo, disponen de los elementos oficiales.¹²⁵

La educación era el camino privilegiado para el mantenimiento de la presencia cristiana en el país, y se percibía el contexto de la época como una realidad amenazadora: la escuela pública descristianizada, la difusión de las corrientes racionalistas y positivistas, el peligro de la masonería y su cercanía al poder. A estas circunstancias respondían las orientaciones precisas que, en este caso, Mons. Soler enfatizaba:

En todos los establecimientos de enseñanza católica *se da siempre el primer puesto a los conocimientos de moral y religión* y se cuida con especial interés de formar estudiantes que no sólo sepan, sino que practiquen lo que enseña y manda nuestra Santa religión.¹²⁶

¹²⁴ R. P. D. [Pierre Donat], o. cit., pp. 186 y 190. Así relata el P. Donat su regreso al Manga, el 2 de enero de 1891, después de haber pasado tres días en Montevideo: «Por la tarde, regreso al Manga. Me desean un feliz año en español; yo respondo en francés; pero les digo a los niños que, cuando regrese a América, todos tendrán que hablarme en francés, y que yo trataré de hablarles en español. Mientras tanto, tendrán que cartearse con los niños de Cîteaux; yo llevaré las primeras cartas de América. Están muy contentos de escribir estas cartas, y sobre todo de recibir cartas de Francia». *Ibidem*, pp. 190-191.

¹²⁵ *Visita ad limina de Mons. Inocencio M.^a Yéregui a Roma*, o. cit., f. 15; *Visita ad limina de Mons. Mariano Soler a Roma*, o. cit., ff. 23 y 24.

¹²⁶ *Ibidem*, f. 36.

Cada congregación insistía, por su parte, en los objetivos religiosos de su venida y en el amplio campo que se abría ante ella. «Aquí, hay mucho para hacer», escribía la Hna. Dominga Roques a la superiora en Albi en su primera carta desde Montevideo.¹²⁷ En mayo de 1889, a los dos meses de la llegada de los Hermanos de la Sagrada Familia, se reunió la Comisión Pro-Colegio y se redactó el Reglamento y el Programa, fechado en el mes de junio:

Los Padres de Familia hallarán en este Colegio, a la par de una educación cristiana, todas las garantías de una instrucción completa, porque el *fin* de este nuevo establecimiento es *proporcionar a los niños una sólida y religiosa educación*, juntamente con la instrucción más ajustada a los modernos adelantos y las justas exigencias sociales, para que de esta suerte puedan esos niños desempeñar de una manera digna los deberes civiles, cívicos y religiosos que corresponden a los buenos hijos y más tarde a los buenos ciudadanos.¹²⁸

Si bien es sencillo detectar objetivos y transcribir documentos, resulta mucho más difícil probar los resultados más o menos exitosos de las tareas de evangelización. La vida de fe no es cuantificable y, por lo tanto, no hay cifras para dar. Sin embargo, es posible realizar algunas consideraciones. En primer lugar, la prueba de la eficacia evangélica es «pasar haciendo el bien»; se trata de un hecho que no se mide, pero se percibe. La confianza de las familias cristianas y no cristianas que durante tantas generaciones encomendaron una parte de la educación de sus hijos a las congregaciones educadoras es un hecho a tener en cuenta. Asimismo, el despertar de vocaciones y la adhesión de los ex alumnos al proyecto de los colegios deberían ser especialmente valorados.

Finalmente, en algunos casos, el compromiso cristiano más formal, asumido por quienes se formaron con las congregaciones estudiadas, puede ser cuantificable. Se citarán dos ejemplos. El primero se refiere al Colegio de los Padres Bayoneses. Debe destacarse que entre los fundadores y muy activos primeros socios del Club Católico de Montevideo se contaron varios ex alumnos de los Padres Bayoneses: Antonio J. Rius, Jacinto Casaravilla, los hermanos Jacinto D., José D. y Nicolás D. Durán y Héctor Pareja. El Club, primera institución laica católica uruguaya, fue fundado en 1875 por Mons. Jacinto Vera, e impulsado con firmeza por el joven Mariano Soler, con el objetivo de nuclear a la juventud católica, promover la síntesis de la

¹²⁷ Carta de la Hna. Dominga Roques a la M. Gérine, Montevideo, 2 de diciembre de 1874, cit. en *Las dominicas...*, o. cit., p. 333.

¹²⁸ Reglamento y Programa del Colegio Sagrada Familia, junio de 1889, cit. en *Hermanos de la Sagrada Familia, 1889-1999. Publicación periódica*, Montevideo, año I, n.º 9, 1989, p. 6.

fe, la filosofía y otras ciencias, y animar a los jóvenes laicos en sus actividades en la Universidad.¹²⁹ Por otra parte, en el marco de los colegios de niñas, la adhesión de las ex alumnas a las congregaciones laicales que los mismos colegios promovían y su apoyo a las obras que impulsaban es un dato a tener en cuenta. Las ex alumnas de las Hermanas Dominicas del Colegio Sacré-Coeur, de la calle Cerrito, integraban la Congregación de Hijas del Sagrado Corazón de Jesús, promovida por el P. Agustín Dulong, y las del Colegio Santo Domingo, la Congregación de Hijas del Santísimo Rosario. En 1924, al cumplirse los cincuenta años de la llegada de las Hermanas al Uruguay, el capellán de las Hijas del Sagrado Corazón de Jesús desde hacía 27 años recordaba el origen de la congregación de ex alumnas y reflexionaba:

En este lapso de tiempo, por cierto muy largo, han pasado ante mis ojos muchas y muy buenas congregantes. Todas ellas han ido paulatinamente donde Dios las llamara para cumplir su misión providencial. Estoy persuadido de que ellas hacen honor a los graves compromisos que al abandonar este santuario han contraído, y que en sus momentos de tristeza y de angustia que son inseparables de toda vida humana han sabido volver los ojos y el corazón hacia el Amigo adorable que las tiene escritas en su Corazón Divino y que desde este sagrario vela siempre por las que se declararon sus Hijas amantes.¹³⁰

Mucho podría decirse de este texto, afectivo y comprometido con la obra, por cierto; de cualquier manera, prueba la acción evangelizadora del colegio. En el caso de los colegios de niñas, y en el contexto de la época, resulta muy complejo encontrar adhesiones o compromisos públicos. Se podría revisar el listado de las firmas de la *Exposición protesta de las damas uruguayas* contra la educación religiosa defectuosa en las escuelas del año 1888, buscando ex alumnas. Resultaría imposible entrar en sus casas y en sus familias para calificarlas como esposas, madres o abuelas cristianas.

Para terminar, incluyendo en esta reflexión a todas las congregaciones, francesas o no, llegadas en el período, y a todos los colegios fundados entonces, sería posible afirmar que al finalizar el siglo XIX, se había constituido en el país una *primera red de educación católica*. Con el expreso apoyo de la

¹²⁹ Testimonio de Jacinto D. Durán, citado en Sociedad de Exalumnos del Colegio-Liceo de la Inmaculada Concepción: o. cit., p. 10. Véase Susana Monreal: «El Club Católico de Montevideo (1875-1890). Presencia de Mariano Soler», en *Mariano Soler. Acción y obras*, Montevideo, 1991, pp. 354-355. En el trabajo citado se había destacado la participación activa de ex alumnos del Liceo de Estudios Universitarios y del Colegio Pío de Villa Colón, de los Padres Salesianos, en la vida del Club Católico. *Ibidem*, p. 270 y 278.

jerarquía, iniciado por Mons. Jacinto Vera; con el permanente y generoso aporte de las diversas congregaciones educadoras, o que no siéndolo asumían funciones en esta área; con el creciente compromiso del laicado católico, que se concretó en el primer Congreso Católico de 1889, se perfilaba un proyecto que alcanzaría en el siglo XX su forma definitiva.

Resumen

La presencia de educadores franceses, de perfiles tanto liberales o filomasónicos como definitivamente religiosos, fue habitual en el Uruguay desde los comienzos de la vida republicana. A mediados del siglo XIX, comenzaron a arribar a toda América Latina congregaciones católicas europeas, impulsadas por una política de atracción que en el caso uruguayo respondía a la precaria situación de la Iglesia local, con escaso número de sacerdotes, de religiosos y de lugares de culto. Situándose en ese período de cambios, este estudio se ocupa de las congregaciones de origen francés que llegaron al país en la segunda mitad del siglo XIX para dedicarse al quehacer educativo.

Palabras clave: Educadores, Uruguay, Siglo XIX, Educación.

Abstract

The presence of French educators, of both liberal and philo-Masonic profiles, as well as definitely religious, was common in Uruguay from the beginning of republican life. In mid XIXth century, European catholic congregations began to arrive to Latina America, encouraged by a policy of attraction that, in the Uruguayan case, answered to the precarious situation of the local Church, with a small number of priests, religious men and places of worship. Setting itself in that period of changes, this study deals with the congregations of French origin that arrived to the country in the second half of the XIXth century to devote themselves to educational tasks.

Key words: Teachers, Uruguay, Nineteenth century, Education.

¹³⁰ *Cinquantenaire de la venue des Soeurs Dominicaines à Montevideo*, trabajo manuscrito (10). Montevideo, 1924, f. 9.

Copyright of Prisma is the property of Universidad Catolica del Uruguay Damaso Antonio Larranaga and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.